

MARÍA TERESA ANDRUETTO

**No a mucha gente
le gusta esta tranquilidad**



Lectulandia

María Teresa Andruetto

No a mucha gente le gusta esta tranquilidad

*Dime, ¿qué piensas hacer
con tu única, salvaje,
preciosa vida?*

MARY OLIVER

GINA

A Susana Rodríguez

*Dejo mucho fuera cuando digo la verdad.
Lo mismo pasa cuando escribo una historia.
Voy a empezar ahora a contarte qué es
lo que he dejado fuera de “La Cosecha” y
quizás empiece a preguntarme por qué tuve que dejarlo fuera.*

AMY HEMPEL

Llegaba a casa los domingos, a veces ya borracha y si no, se emborrachaba ahí, con nosotros, antes del almuerzo o en la sobremesa, cuando mi papá se había ido a dormir la siesta y mi madre o yo lavábamos los platos. Era enfermera en un consultorio médico, pero también trabajaba a domicilio; iba en motoneta, con frío o calor, con su caja de inyecciones que ponía al fuego directo, como se estilaba entonces, con las jeringas de vidrio bruntulando en el agua, para esterilizarlas de aquel modo casero. En cada casa tomaba unos tragos, aperitivos que se repetían como un cine continuado, de modo que a medida que iban pasando las horas... Dividía al mundo entre los que le caían bien y los que no. Yo no le caía bien, *Esta chica le va a causar problemas*, le decía a mi madre, *¿por qué?*, preguntaba ella, *Gina sabe...* Había nacido en el pueblo de los Agnelli, los fundadores de la FIAT, de los que sus hermanos y ella habían sido vecinos y amigos. El pueblo donde nació mi padre está apenas más abajo, hacia Torino, pero según creo no se conocieron allá. No sé por qué razón no habré escrito antes sobre ella, que fue parte de nuestra vida desde los recuerdos más antiguos. Mi madre, a veces también mi padre, me contaron que cuando apenas habían llegado los dos a Aldao y alquilaban, conmigo de meses, una pieza en un conventillo, se presentó esta italiana buscando a mi papá. Mi mamá no recuerda ahora si los dos se vieron ahí por primera vez o si se conocían ya de Italia. Era un poco mentirosa, lo descubrimos un día con mi madre, y cuando mentía, acompañaba el relato con un carraspeo. Inventaba trabajos que había tenido, personas famosas que había conocido, aunque a veces pienso que en el fondo de todas esas mentiras había manchones de verdad. En Italia había trabajado como obrera y aquí, como mujer de la limpieza o cuidando ancianos y sobre todo como enfermera en hospitales, clínicas y consultorios y también por su cuenta colocando inyecciones o pasando botellas de suero. Le habían sucedido pronto las cosas que tarde o temprano nos suceden a todos, miseria o destrato, decepciones, demasiado cigarrillo y alcohol, alguna enfermedad importante, trabajos duros o aburridos, problemas con sus hermanos, todos varones, o con los jefes o con las amigas y sobre todo el desgarró de aquel viaje en barco, la decisión abrupta de romper con todo para venir a Argentina y

no poder o no querer regresar ya nunca.

Llegó después de la Segunda Guerra, por necesidad de trabajo, o quizá más por desencanto o por diferencias familiares, quién sabe si por escapar de algo o encontrarse con alguna zona oculta de ella misma. Aunque nunca supe que tuviera amores con mujeres (en el pueblo y en aquel tiempo, hubiera sido un escándalo) tenía apariencia masculina para los costumbres de la época, muy delgada, la piel curtida, la cara con arrugas profundas (aunque en algún momento de mis recuerdos ha de haber tenido cuarenta, quizá treinta años), sin curvas, sin pechos, vestida siempre con pantalones y pulóveres color gris pleno o negro o gris jaspeado, el pelo a lo varón, oscuro y después gris, virando hacia el plateado, luego pronto ya con canas hasta volverse totalmente blanco. Lo peinaba hacia atrás, con un peine mojado (llevaba siempre uno pequeño, en la chaqueta de enfermera o en el pantalón) nomás con agua, en una época en que las mujeres usaban peinados batidos, polleras angostas, medias de seda y zapatos de taco.

Fumaba mucho, muchísimo, mi madre y otras mujeres que conocía también fumaban, pero ella fumaba en la calle, a la vista de todos, como los hombres, y era una sola con su motoneta, una Siam en la que iba de aquí para allá visitando casas donde con toda soltura podía pedir un trago. Los tragos eran sobre todo vermut, Cinzano o Gancia, aperitivos que se mandaba uno tras otro, antes del vino en las comidas. El vino podía ser malo, regular o bueno, lo mejor que se tomaba en casa por aquel tiempo era Valderroble o San Felipe, porque a mi papá le gustaba su copa en la comida, pero podía tomar también los más baratos, comunes y corrientes de la época, Facundo o Luchessi, *el vino del pueblo que bebe el pueblo*, como decía el eslogan. Había sido maratonista y estaba a punto de competir en Francia cuando arrancó la guerra, eso había truncado lo que tal vez hubiera sido una vida de deportista. Durante la guerra, había trabajado en una fábrica de armas, ¿o era de rulemanes?, no recuerdo, pero sí algunas cosas que contaba sobre sus compañeras de trabajo y sobre ella misma, seducciones a hombres con algún poder, alemanes seguro, para conseguir mejor comida o algún permiso, eso la divertía mucho y formaba parte de los recuerdos mejores. Llegó a Aldao a instancias de un primo que accedió a firmarle el acta de llamada, pero el primo no vivía solo, tenía mujer y cuatro hijos. Llegaba la prima de Italia y el hombre fue a buscarla al puerto, en la casa la mujer y los hijos, todo listo para recibir a la extranjera, un cuarto disponible, sábanas limpias, comida para repararla del largo viaje, la espera de meses... ella vio a los niños, señaló a la

más grande y dijo: *Esta no me gusta, es falsa. Estos sí*, señalando a los otros y dio por sentado que la madre, que tampoco le gustó, privilegiaba a la mayor por sobre los más chicos. La más pequeña se llamaba Dionis y fue su debilidad, la niña convertida después en una mujer hermosa que por amores equivocados derrapó hacia la prostitución y enfermó y murió todavía joven, y también el más chico de los varones, siempre en su boca para mí, como diciendo que si él llegaba a gustarme yo podía cambiar de bando. Descendía de un filósofo francés con el que compartía el apellido, eso decía en medio de sus borracheras y hasta puede que haya sido cierto.

Como dije, yo no formaba parte de la mitad del mundo que quería, quizás era muy adaptada, obediente, demasiado modosa para lo que ella esperaba, o se trataba nomás de que era muy parecida a mi madre y que no tenía ojos sino para ella. Adaptada, eso ha de haber sido, aunque las muy rebeldes también la sacaban de quicio; de todos modos, mis hermanos le caían mejor. Le molestaba mi madre y pese a que recurría a ella para muchas cosas, se complacía en hacerle sentir que era un poco tonta, ingenua, que es como consideraba a las mujeres a las que les perdonaba la vida. Pobres tontas sin capacidad de decisión. A mí no me parecía que mi madre fuera tonta, para nada, aunque todavía no comprendo por qué le toleraba tantas cosas, opiniones malsanas y caprichos, el almuerzo del domingo contaminado con sus borracheras. *¿Le pongo limón al Gancia, Gina? Mejor envuélvalo que me lo llevo. La botella a medio beber, me la llevo para la noche...*, un día que buscaban a mi padre por trabajo, hora del almuerzo, esperábamos en la cocina con la mesa puesta y, como él se demoraba, ella se levantó de repente, abrió la puerta del living y dijo *Estas no son horas de molestar...* Lo que más mortificaba a mi madre (porque en el asombro, mi padre no atinó a decir palabra) era que ese señor pensara que mi papá tenía una mujer con esos modos y ese aspecto, mi madre que era hermosa como Silvana Mangano y, aunque nacida pobre, fina como una diosa.

Pensábamos a veces que estaría enamorada de mi papá, que lo admiraba seguro, y seguro también que mamá no era más que un obstáculo que ella debía tolerar para verlo y hablar con él, el único a quien valía la pena escuchar. En las reuniones más grandes, las muy pocas que había en casa, siempre estaba en la zona de los hombres, fumando y con un vaso de algo en la mano, hablando de política o de deportes. Cierta vez, yo era todavía una niña, para unas elecciones en Francia, por contradecirla, aposté un almuerzo a que ganaría Giscard d'Estaing, un absurdo porque nada sabía yo de Francia ni de política internacional; tampoco tenía dinero propio para invitarla

a almorzar, pero como me desafió y yo ya era terca como una mula, quedamos en que quien ganara debía invitar a la otra al restorán del pueblo. Cumplió con su palabra, fue la primera vez que comí en un restorán.

Me parece que mi papá le tenía lástima, que ella representaba de algún modo lo que había dejado allá, tal vez fuera nomás solidaridad con los que habían venido y no habían logrado lo que había logrado él, una familia, un trabajo más o menos bueno, hacerse una casa, pero ahora los recuerdos se me confunden y no estoy segura de que no se hubieran conocido en Italia. A pesar del aspecto masculino y del alcohol, emanaba cierta forma —misteriosa por mucho tiempo para mí— de erotismo hacia los hombres. En los recuerdos más antiguos, cuando era joven todavía, llevó en varias ocasiones a algún candidato para presentarlo en casa, porque éramos lo más parecido a una familia que tenía. A uno de ellos, un gringo que reparaba máquinas de escribir, lo escuché decirle con admiración a mi padre (en un momento en que mi mamá la llevó a ella hacia el patio) *Dio, ma che donna!* Pero los candidatos no duraban, uno era viudo y se acordaba demasiado de su mujer, el otro hablaba de las pastas que hacía su madre y ella no se imaginaba cocinándole a nadie, otro tenía parientes con cáncer y que ni se pensara el fulano que si se enfermaba ella iba a cuidarlo, en fin, que ninguno cuadraba. Lograba, sin embargo, cosas increíbles de muchos en el pueblo, hombres de mediana edad o quizá más grandes que ella, solteros o viudos o incluso casados, como mi padre. Cierta vez, al llegar a casa, vi un auto con el intendente mismo sentado al volante; entré y la encontré (una sorpresa porque siempre iba en motoneta) tomando su vermut y comiendo aceitunas, mientras mi madre preparaba la cena. *Está el intendente ahí afuera, digo. Sí, dice ella, me espera a mí, no tiene nada que hacer...* Dice mi madre *¡pero hace una hora que está aquí sentada* (ni mi madre ni mi padre la tuteaban), *cómo lo hace esperar!...*

Tenía ahijados por todas partes y cuando aceptaba ser madrina (generalmente era la que había puesto una inyección a la madre, o ayudado en el parto al médico para el que trabajaba) imponía el nombre, tampoco sé por qué razón las mujeres aceptaban ponerle al hijo el nombre que ella elegía, nombres de viejos novios o camaradas del Partido Socialista Italiano al que había pertenecido, así hizo que un niño se llamara Efrén y otro Carlo, así sin s, y otro Hilario y que a mi hermano le pusieran Gelsomino y le dijeran Mino como ahora mismo lo llama todo el mundo, sin que nadie chistara.

No cocinaba ni una papa, comía casi siempre en casa de otros. En la habitación que alquilaba, una pieza con empapelado amarillo y azul que olía a húmedo tenía nomás

un bram metal, una pava, un par de platos y vasos. La acompañé varias veces a esa habitación que daba a la ruta, con una cama turca de dos plazas, un ropero, una cómoda, una mesa con hule gastado en las esquinas, un par de sillas, una banqueta con una palangana de enlozado blanco con el esmalte saltado y el agua siempre turbia y una heladera pequeña en la que guardaba queso de rallar, roquefort, panceta, anchoas y, por supuesto, vino. Las más de las veces conducía borracha, en aquellos tiempos en los que no se había inventado el control de alcoholemia, por eso no sé cómo ni por qué me dejaban ir con ella, en motoneta por la ruta, hasta donde vivía, a la salida del pueblo, cerca del cementerio y del prostíbulo.

Se vanagloriaba de no haberse casado y agradecía a Dios que no le hubiera dado hijos. El día que el doctor para el que trabajaba murió, así de pronto, en un accidente, tuvo una de sus borracheras más tremendas, mi madre le daba alternativamente Gancia con limón, como ella pedía, y café para que se recompusiera un poco..., mi madre pensaba unas veces que estaba enamorada del doctor, a cuya mujer veía como una niña caprichosa, *Vino la señora Estela con sus polleras cortas, nos miramos con el doctor y dijimos..., bueneeno, buenoooo, y carraspeaba, y otras veces que estaba enamorada de mi padre. Lo que más recuerdo es la sensación de soledad que la llevaba por esa pendiente de vinos baratos y rencor; cuando mi papá se enfermó, ella dejó de venir a casa, en parte tal vez porque no soportaba verlo así, en parte quizá porque mi madre ya no estaba tan dispuesta a tolerarla.*

Alguna vez había sido joven y rebelde y se había embarcado sola hacia América. América es un decir, porque había llegado a nuestro Aldao chato y pequeño, ella que había vivido en Torino y en Milano, ella que en sus horas de dicha había consumido la vida como una vela encendida por los dos cabos. Desde aquellas ciudades devastadas por las bombas había venido a estos campos de maní, tanques australianos y molinos. No encajaba. Simplemente no encajaba, pero lo peor que podía pasarle era volver derrotada a su Piamonte. Carcomida por el vino, hecha piel y huesos, con esa sed infinita, su gente reclamándole por cartas que regresara, que pusiera fecha y le mandaban dinero para el pasaje, se fue quedando, sin embargo, en la indecisión propia de quien no sabe ya qué hacer con su vida o quizá no quiso volver a ningún sitio porque conocía demasiado las ventajas y perjuicios de allá y de acá. Tuvo la virtud de evitar el melodrama sin ocultar el dolor, lo que no es poco, pero igual lo que no era posible evitar era la soledad que la abatía cuando volvía a su pieza sola, casi siempre sucia, esa habitación que era como un depósito de muebles, la botella de vino

o la damajuana siempre al alcance de la mano.

Una mujer compleja, con una vida errada; alguna vez dijeron que había sido una niña triste, y en otro momento alguien la nombró como graciosa, inteligente y sin filtro y de hecho así la tengo yo en los recuerdos más antiguos, cuando aún no se había destruido. Es propicia la posibilidad de verla joven, como esa que aparece en una foto que tomé de la casa de mi madre, donde está con su malla de lana (*mi buena malla de lana*, decía), a los veinte, tomando sol en Finale Ligure, con unas amigas, apenas terminada la guerra. Tomando sol como quien se calcina bajo unos cables pelados y recibe fascinada la descarga, la cabeza en funcionamiento, el corazón puro latido, veloz, entrecortado. No le gustaban los niños y si alguno se le acercaba pedía que se lo sacaran de encima; tampoco le gustaban las conversaciones de mujeres, hablar de ropa o de peinados o de maridos, ni las cuestiones de la escuela. Tenía unos ojos azules profundos, ya inyectados, la mirada siempre un poco en otra parte y sonreía nomás con la boca, pocas veces. No le gustaban los animales, ni un gato ni un perro ni un conejo; nada que llevara a la ternura.

En aquel tiempo nosotros casi no salíamos del pueblo, era un lugar algo inhóspito y ventoso; donde miraras se veía cielo nomás y pasto. Los camiones retumban por la ruta y a veces se oía pasar el tren, y unos álamos plantados años atrás, en tiempos mejores, crecían en el campo del ferrocarril. Una vez mi hermana se enfermó y tuvieron que llevarla de urgencia a la ciudad. Mis padres no tenían a nadie, a casi nadie, de modo que dejaron a mi hermano en lo de una vecina y no encontraron mejor cosa que dejarme a mí con ella, que me llevó a su habitación y se quedó a mi lado, bebiendo un vaso tras otro de vino. La niña que yo era por entonces, tal vez de cuatro o cinco años, la veía beber sin principio ni final y se asustó. Más me asustó que me obligara a quedarme con los ojos cerrados, que me obligara a dormir. Sé que sentí miedo y que decidí que no iba a orinar, tanto que en algún momento ella se dio cuenta y quiso llevarme al baño que compartía con otros inquilinos y como yo no quise, insistió con una escupidera que estaba debajo de la cama, pero yo tampoco quise; retuve el orín hasta que llegaron mis padres y entonces sí, me mojé entera y mojé también su cama de dos plazas.

Así fueron las cosas hasta que, de repente, se enfermó mi padre y entonces ella se emborrachó más de la cuenta y, no sé si le dijo algo mi madre, pero comenzó a venir con menos frecuencia. Como no había aparecido por el velorio ni el entierro, la fuimos a ver las dos uno de esos días, los primeros después de su muerte. La puerta

de calle estaba abierta y la de la habitación, aunque cerrada, sin llave. Las persianas también cerradas, todo húmedo con ese olor a perro mojado. Mi madre entró en la penumbra y yo tras ella. Yo todavía no menstruaba y usaba una pollera roja plisada cuyo ruedo me alargaban cada año, pero ya empezaban a hinchárseme las tetas. Nos acercamos a la cama, mi mamá arrimó una silla para ella y una banqueta destartalada para mí, la banqueta donde había estado la palangana. Apoyada en esa banqueta, yo podía ver, debajo de la cama, la escupidera, la damajuana de Luchessi y el vaso de vidrio azul, uno de esos que se llaman irrompibles y que también había en mi casa. Ella no podía hablar, la lengua bola, enredadas las palabras en la boca. Mi madre encendió la luz del techo y la del velador y fue hasta la mesa donde estaba el bram metal, lo encendió, a falta de cuchara metió la mano en una bolsa de La Virginia y preparó un jarro de café. Buscó una taza limpia, no la encontró y entonces me mandó al pasillo que daba a otras habitaciones y otros inquilinos, para que lavara una en la canilla que estaba en un patio interior, pero la canilla tenía una tira de tela atada y apenas si goteaba. *Andá a lavarla al baño*, me dijo, y allá fui yo, al baño del inquilinato, a lavar aquella taza. Ella la llenó de café, puso azúcar de una azucarera de aluminio igual a la que había en la casa de mi abuela y revolvió con un cuchillo. Cuando quiso dárselo, Gina estaba tapada hasta la cabeza. Mi madre quiso destaparla, levantarla un poco para hacerle tomar algunos tragos, pero ella gritaba *¡apague esa luz! ¡Apague la luz, le digo!* Yo fui hasta la puerta para apretar una perilla que colgaba junto a un tomacorriente, mientras mi madre le insistía con el café *Tome un poquito, Gina, un sorbito, le va a hacer bien...*

Le va a hacer bien... entonces dio un manotazo a las sábanas y las colchas y yo vi las piernas flacas, la cama orinada, mientras ella decía algo que no podía entender y en eso la taza y el café cayeron sobre la cama, sobre ella y sobre mi madre y se salpicó de manchas oscuras mi pollera roja. Las dos terminaron abrazadas, llorando, orinada una y la otra con su perfume de violetas. Después mamá, que ahora lloraba con la cabeza sobre el borde de la cama, mientras Gina intentaba acariciarla, se levantó, se alisó el vestido lila y gris, vestido de medio luto, se acomodó el pelo y se puso los anteojos de sol para que nadie viera sus ojos hinchados. Entonces me dio la mano, *Vamos, hijita...* Cuando atravesábamos la puerta, Gina dijo *Tenga cuidado con esa chica, Nora, le va a traer disgustos.*

Y así fue.

LECCIÓN DE PIANO

A Sebastián Ruarte

*Woyzeck: Cada ser humano es un abismo,
uno siente vértigo cuando mira en él.*

GEORG BÜCHNER

El viejo que le abrió la puerta tenía los pelos despatarrados y adentro, la sala oscura o comedor o taller o galpón o lo que fuera aquello, estaba completamente sucia, una cosa arriba de la otra, libros sobre herramientas, casetes, CD y discos de pasta en el suelo, junto a un plato de loza, unos vasos con algo adentro, una bandeja con alimento para gatos y tres mininos que iban y venían entre los papeles y los restos de comida humana y gatuna. En las sombras, porque el viejo no había encendido la luz y el día no se filtraba en las ventanas, iluminaba de azul celeste una computadora que hacía equilibrio sobre unos ladrillos, o tal vez fueran libros acostados. El muchacho se acordó de los reclamos que su madre les hacía a él y a sus hermanos, *no tenemos plata y cuando hay un peso es para arreglar lo que rompen y limpiar la mugre que dejan por todas partes.*

El viejo había llamado a la empresa pidiendo un técnico porque se le había caído la banda ancha. *Esta línea es de baja velocidad*, dijo el muchacho, *estamos lejos del nodo*; la vista se le ha ido acostumbrando a la penumbra, por eso ahora ve otras cosas, ve, por ejemplo, que el salón o taller es grande, más de lo que le pareció al entrar, que lo que pensó que era una pared son en realidad cajones apilados o ficheros de oficina y ve también que al fondo hay un piano. *¿Toca el piano?*, pregunta. Tocaba el piano el viejo, había sido músico, profesor en el conservatorio; cuando era joven y también más tarde, había dado conciertos, el último a los cincuenta. Era un viejo flaco, pálido, que olía a aceite, a pizza rancia, el muchacho calculó que había pasado los setenta; *Veinte años que no pongo los dedos ahí*, contestó corriendo un portarretratos que estaba junto a la computadora.

El muchacho era del sur, hacía un par de años que había llegado; a los dieciocho había hecho la ruta cuarenta desde Cachi hasta Santa Cruz, la había recorrido a dedo, en camiones y vehículos de toda calaña; ahora acababa de cumplir treinta y tomaba estos trabajos extras porque quería hacerla otra vez, con su novia. Estudiaba geografía en la universidad y conocía el país, el Interior profundo, había vivido en

mil lugares, en Río Turbio, en Los Antiguos, en Jacobacci, en Los Altares... habían andado por esos lugares inhóspitos detrás de su padre que estaba en el ejército y era un tarambana, hasta que el padre los dejó, a su madre y a ellos. En principio eso había sido un problema, perder amigos, siempre empezar de nuevo, en una escuela distinta cada año, pero ahora estaba agradecido. En un caserío a mitad de la meseta, habían vivido seis años, *para ir a la escuela, teníamos que cruzar la ruta*, le contó al viejo, *mi madre nos decía, ¡miren antes de cruzar!, y nosotros mirábamos la cinta de asfalto larga, hacia un lado y hacia otro. Nunca vimos un auto, ni un solo auto que la cruzara.*

Cuando tenía doce, en Río Turbio, había aprendido a tocar la guitarra con un zapatero correntino, un viejo despatarrado como éste que le había enseñado chamarritas y guarañas a las que solía volver en sueños; no era un experto, pero le interesaba la música.

Sobre el piano había otra foto de la misma mujer pero en ésta la mujer se veía joven, muy hermosa. *¿Su señora?* El viejo dijo que sí, después se acercó a mirarla, la observó por unos minutos como si no la reconociera; al muchacho le pareció que iba a decir algo, pero no habló y él se quedó esperando; finalmente preguntó si podía usar el teléfono para chequear la línea y hacer una consulta a la empresa. El viejo le señaló un lugar en el suelo, era un inalámbrico, pero el muchacho se quedó agachado junto a la base, como si un cable lo sujetara.

Ahora no podía precisar en qué momento el viejo se había puesto más animado, *Cuando no hay conexión...*, empezó a decir, pero se interrumpió. El muchacho tardó un poco en seguirlo, *esto es como el agua que va por un caño, si el caño es grande y hay mucha agua, todo funciona bien, pero a veces el agua es poca, ahora no hay más que un hilo. Con poca gente conectada, el chorro llega, pero en las horas de más demanda, como estamos lejos del nodo...*

...el chorro no alcanza ni para mear..., completó el viejo y se largó a reír y lo hizo reír. Fue a la cocina el viejo y volvió con dos vasos de té, eran unos vasos irrompibles de color azul, el muchacho recordaba haber visto unos parecidos en la casa del zapatero de Río Turbio, el que le había enseñado a tocar la guitarra. *Veinte años...*, la frase del viejo tuvo su peso fortísimo en medio de la mañana, *se lo prometí...*, *es que yo tocaba para ella, volvía del Conservatorio, ella me preparaba un whisky y el*

tintineo del hielo me sacaba el cansancio como por arte de magia... Me sentaba y era como si el día comenzara: Brahms, Schubert, le gustaba Schubert, empezó a gustarle conmigo, y el tango, porque cantaba tangos... ésa es la voz que busco en Internet..., no sé quién habrá colgado unas grabaciones de cuando cantaba en el Unión, en otro momento me hubiera enojado, pero ahora...

Alguien le había dicho al viejo que el recuerdo es como un perro que se acuesta donde quiere, tal vez por eso regresaban a su memoria palabras y gestos vivos de su mujer, también asuntos de familia, dos hermanos del padre exterminados, dos entre seis millones; llevaba consigo a esos desconocidos y llevaba entera, completa, la vida de ella.

Así que tenía buena voz, repitió el muchacho que estaba ya de lleno en su trabajo. Tener buena voz y cantar son cosas muy distintas, dijo el viejo, es que era única, cantaba por debajo o por arriba de las notas, imitaba los instrumentos, como si ella misma fuera un bandoneón, un cello, un trombón... Más por ser amable que por curiosidad, el muchacho le preguntó cómo la había conocido. En un club nocturno, yo nunca iba a esos lugares, pero fui esa vez porque tenía que ser, el destino, la vi y ya no nos separamos..., treinta años juntos y nunca una discusión, una diferencia...

Tal vez se hubieran hecho reproches, tal vez hubo lágrimas, enojos, pero si era así, el viejo lo había olvidado completamente. Más tarde, en el curso de las horas compartidas, el muchacho supo que el viejo había también pasado por alto el largo, infinito, mes que ella le había pedido para comprender qué le importaba más, si cantar o seguirlo a él, *...nunca la obligué a nada, pero no me hubiera gustado que cantara en esos clubes, a veces cantaba también en un teatro de la calle Rivadavia, pero ni siquiera ahí lo iba a permitir, con esos babosos... le dije que eligiera, que estaba en su derecho, pero que si necesitaba esa vida, entonces yo no era el hombre para ella, lo cierto es que dejó todo y yo le juré que nunca le haría faltar nada, y eso hice... viví para complacerla.*

El muchacho dejó lo que estaba haciendo, agachado, cerca del teléfono y se volvió hacia el viejo *¿Y le llevó el apunte?, mi novia...,* y enseguida le pareció que había cometido un exceso de confianza..., *disculpe, era una broma.*

Estábamos hechos el uno para el otro, siguió el viejo, nos gustaba estar solos los dos, escuchar la misma música, conversar..., nunca habían dado un tranco atrás, ni

habían tenido la menor intención de echar por la borda lo que con tanto amor habían construido. A los dos, también a ella, le gustaban las mismas cosas, aunque alguna vez ella le había dicho que extrañaba cantar en público, que nunca se había resignado del todo, *pero cantar siguió cantando... yo había hecho hacer una tarima, dejábamos la luz de un velador y ella subía y empezaba a... yo la acompañaba al piano, la seguía sin resaltar las notas, siempre tras ella y cuando terminaba, la aplaudía a rabiar, como si yo solo fuera todo el público de un teatro... y me las arreglaba para que la florería le trajera un ramo de flores, no siempre rosas... porque yo quería que fueran flores como de admiradores distintos, ¿verdad que sí, Muñeca?*, preguntó mirando el retrato que estaba cerca de la computadora. *Una vez le compré una Marilú de pelo natural, porque nunca había tenido una muñeca, así que le compré una articulada, parecida a ella. No creo que cantara dos veces igual, una noche más lento, otra más brillante, según cómo estuviera su ánimo, pero siempre era como si ella misma hubiera escrito las letras, como si estuviera viviendo lo que cantaba... a veces se me iba lejos, muy alto, y otras veces era como si... como si me quisiera decir algo.*

¿Tiene hijos?, preguntó el muchacho. *No, no tuvimos... nos pareció mejor así; a ella también le pareció mejor, ella para mí, yo para ella...*, dijo el viejo. El muchacho contó que vivía en Río Gallegos cuando su madre se enfermó, y también cuando llegó a su casa la noticia de que estaban en la calle; en medio de las necesidades, había aprendido computación por prepotencia, por audacia, había aprendido solo. *Ella tuvo una vida muy dura, pasó frío, hambre y sabe Dios cuántas cosas más, usted, jovencito, ni se imagina;* se llamaba Esther la mujer del viejo, pero él le decía Muñeca, de joven había trabajado en bares mugrosos para conseguir dinero y en esos lugares había aprendido a cantar. La primera vez fue en un bar de la calle Libertad, todos se habían quedado con la boca abierta, y ahí nomás el dueño la había contratado, porque podía tomar una canción y estrujarla como una toalla; todo eso le contó el viejo al muchacho, que ya había terminado su trabajo.

¿Sabe?, *nunca terminé de entenderla; a veces, en el último tiempo, cuando ya estaba muy delgada, no quería que la mirara, entonces yo ponía todo a oscuras y hablábamos así, sin vernos... ¿Otro té?* El muchacho tardó un poco en aceptar, no sabía por qué razón seguía ahí, anclado, escuchando al viejo; nadie lo obligaba, nadie sino algo en él que no lo soltaba, que no alcanzaba a soltar; *bueno, uno más antes de irme, ya está arreglado esto.* Cuando el viejo volvió de la cocina con otros dos vasos

de vidrio azul, le contó que hacía años que no hablaba así con alguien, que casi no hablaba con nadie. *Dígame si lo canso.*

Faltaba más, dijo el muchacho, *le agradezco la confianza;* después ya no supo qué decir y se hizo un silencio un poco largo, *así que no ha vuelto a tocar el piano...* El viejo suspiró, demoró en responder. *Ella había dejado todo por mí y yo le juré que si se iba..., se atragantó..., si se me iba, yo ya no haría nada que tuviera que ver con la música. Le ofrecí ese sacrificio, se lo prometí...* La cuestión era que habían vivido así mientras ella estaba y cuando ella se fue, él ya no supo cómo seguir. La voz de esa mujer, el piano sonando en la casa cuidada, limpia, la casa con un detalle en cada rincón, ese mundo completo de los dos, había desaparecido y el pasado era como un archivo de imágenes, como esos CD y esos discos de pasta en el suelo, más de treinta años cubiertos de polvo, y este presente en blanco y negro, esta película vencida, lejos del nodo.

Si el presente del viejo está formado por capas, lo que el muchacho ve no es lo que existe, sino un puro desconcierto en el que un viejo quiere encontrarse con su Muñeca muerta, un plano abierto hacia la lejanía con alguien que pasa como una sombra, una mariposa de aire, una marioneta que se disuelve. La casa vacía, la imagen de la mujer como una bruma que se va, que no hay cómo detener. No habían tenido hijos, pero habían tenido perros; un manto negro y dos caniches que ella había cuidado como si fuera la madre. Pero ella había muerto, el cuerpo diminuto bajo el chal, hundido en la oscuridad, había dicho el viejo, y los perros, bueno, los perros... se preguntaba a menudo por el lomo espléndido del manto negro, por el pelo enrulado y los ojitos brillantes de los caniches, quién sabe a qué cielo habrían ido a parar... *Cuando murió era casi invierno, estábamos solos los dos y había bajado la noche, lo único que se veía era el resplandor de sus ojos.*

El viejo había nacido en un pueblito de Polonia cercano a Varsovia, había llegado al país cuando era una criatura, apenas antes de iniciada la guerra y por esa razón, quizá, los padres y tal vez él mismo, se habían salvado de morir en un campo de concentración, como les había pasado a sus tíos. *El destino, ...es el destino,* repitió. No había músicos en la familia, sin embargo, desde chico había sentido deseos tremendos de estudiar piano; vivieron solos los tres, hasta que los padres murieron

cuando él era joven, de modo que apenas vio a Esther se aferró a su falda, a su garganta y ya no encontró qué lo distrajera en este mundo, nada que no fuera su Muñeca.

En algún momento, sin que supiera cómo, ella había dejado de comer, no le pasaba la comida, *como un pajarito*, dijo el viejo. Él salía por las tardes y buscaba algo que a ella le gustara, lo poco que todavía le gustaba, helado de frutilla a veces, o hacía gelatina de ciruelas..., pero el estómago se le fue achicando sin remedio. Más tarde, empezó a comprar comida a la hora del almuerzo, algo en la rotisería o en un kiosco, porque ella no soportaba el olor en la cocina, así que él pedía milanesa o un sándwich y se iba a comerlo al patio o a la vereda; comía y enseguida se lavaba los dientes, se lavaba las manos, se ponía perfume..., *dejó de comer carne de vaca, le daba asco; entonces comíamos pescado, frutas, huevos, que es más sano, pero una vez le hizo mal el pescado y decidió que ya no más pescado, y después tampoco huevos, ni miel..., no quería herir a nadie, a ningún ser vivo sobre la Tierra. Cuando leyó en una revista que las plantas sufren si las cortamos, que si las herimos lloran, ya tampoco quiso verduras ni frutas; tomaba sólo agua con azúcar, alguna vez me aceptaba una manzana o una vainilla embebida en té..., pocas veces, cada vez menos...*

El muchacho cree que el amor, que la amada, se deben cuidar, claro que sí, pero también hay que vivir. El viejo contó que había preparado un gotero de agua con azúcar y que le daba eso en la boca, le decía que la amaba como nadie, como a nadie. Ella estaba sentenciada de muerte y él la consentía a más no poder, la aplaudía, le compraba flores, las que más le gustaran, nardos, jazmines, gladiolos, le acercaba juguetes, la arropaba, inventaba cada día la rutina de los días. Cuando no estaba todavía tan mal, se atrevía a pedirle que cantara, le repetía una y otra vez que cantaba como ninguna..., pero ya nada parecía colmarla como antes la había colmado. Ni siquiera la música espléndida, ni siquiera el torrente de luz, las notas del piano, *yo quería recordarle eso, quería que recordara*, dijo el viejo, *pero ella me miraba sin decir una palabra, y yo aquí viendo cómo se le arqueaba el pecho, cómo se alzaba buscando aire.*

Había visto algo en su mirada, contó el viejo, aquella noche en la que le dijo lo que nunca le había dicho, le rogó que por favor le aceptara lo que le ofrecía, le puso un

caramelo en la boca y le pidió que no se fuera, que se quedara con él, que aceptara comer, que no lo dejara, que si ella se quedaba, si comía, podía cantar en los bares..., en el bar que quisiera podía cantar, que si ése era su gusto, él ya no iba a oponerse, se lo prometía, se lo juraba, *pero ella me hizo que no con la cabeza, y entonces le dije que si se me iba, yo ya no tocaría más, ya no más música. ¿Y ella qué le dijo?*, preguntó el muchacho. *Hizo que sí con la cabeza, fue lo último que hizo*, respondió el viejo, *¿entiende por qué no he vuelto a tocar?*

El muchacho dijo... *A mí me parece...*, pero súbitamente se detuvo y el rumbo de la frase dio un giro, un giro completo, *¿le parece que pidamos algo para comer?* Pidieron una napolitana y una cerveza. Cuando el servicio llegó, el viejo levantó la persiana para recibir la caja y la botella y se olvidó de bajarla, así que la luz del día se metió de lleno en la casa. El muchacho quiso darle dinero, pero el viejo no aceptó que pagara su parte, *de ninguna manera, joven...*, *cuando interrumpimos, usted me estaba por decir algo...* Sí, continuó el muchacho, *a mí me parece que ella quiso decirle otra cosa.*

Habían puesto la caja de pizza y la botella sobre la cola del piano y estaban comiendo de pie, apoyados ahí mismo, mirando hacia la ventana, pero cuando el muchacho habló, el viejo corrió el taburete, lo alejó de los pedales, y se sentó. Ya iban por la segunda porción de pizza. *¿Otra cosa?*, pregunto el viejo, *¿qué otra cosa?*

El muchacho se tomó su tiempo antes de responder, tenía miedo de que el viejo se le enojara. Era miedo de eso, sí, porque empezó disculpándose por la intromisión, *yo creo que quiso decirle que siguiera tocando, por eso movía la cabeza, usted le dijo que si ella se moría usted no iba a tocar más, y entonces ella le dijo que sí, yo creo que quiso decirle que sí, que tocara, que siguiera tocando, pasa que no ha de haber tenido fuerzas... ¿no le parece? Creo que ella, desde allá arriba, debe estar esperando que usted se decida, que toque otra vez para ella... ¡años debe hacer que lo está esperando...!*

Ella había muerto una noche de mayo, un otoño frío, maldito, dijo el viejo; a lo largo de estos veinte años, en las mañanas frías de otoño lo habían despertado sin piedad los gritos de los pájaros. *Mayo es el peor de los meses*, dijo, pero después le contó de una tarde soleada en las sierras, habían ido a un hotelito en La Falda, y habían caminado toda la tarde por las lomas, hasta la iglesia, y habían entrado, y él se

había hincado junto a ella que era cristiana, creyente. Corría un viento suave entre los pinos, el hotel se llamaba Los Pinos ahora que recuerda; era un día encantado, efímero como una flor pero habitaba en su cabeza como si hubiera sucedido ayer. Él se había preguntado cómo hacer para seguir viviendo, pero había seguido, sin embargo, resignándose, acomodándose, *como una cucaracha*. La música de ese ayer le retumba ahora en la cabeza, cree que va a morir de dolor, de miedo, pero enseguida está mejor; mejor y avergonzado de comprobar que la vida sigue, a su pesar, adaptándose.

Hubo una pausa, algo en el tiempo que ni el viejo ni el muchacho hubieran podido precisar, como una melodía en el aire, una visión; en esa pausa, el viejo vio a su madre y a su padre de pie, vivos uno junto al otro, y se vio a sí mismo presentándoles a Esther y vio que sus padres la amaban aunque fuera cristiana, aunque cantara tangos en un burdel, escuchó que sus padres le decían *con ésa sí, hijo, con ella*, y movían afirmativamente la cabeza.

Mayo cruel, mayo frío, mayo soleado, increíblemente hermoso, todo podía ser deslumbrante o despiadado según como el viejo lo viera; podía sentir, como algo vivo, reciente, la aprobación de sus padres, una respuesta nunca antes oída agitándose en las profundidades del alma. Entonces supo, con dolor, con certeza, que la revelación había llegado tarde, que había demorado en abrirse paso por el largo camino de su historia, que antes no había comprendido bien, que no había podido descifrar los mensajes del Dios de cada uno y de nadie...

La ventana estaba abierta a la tarde y temblaba el viejo a la luz del sol ya en baja. Sintió otra vez la visita, leve, de una soledad sin fondo, sintió que toda la vida había avanzado en puntas de pie buscando amor, lloró en honor de algo que recién ahora comprendía. Después fue como si la sangre le regresara a las venas, como si estuviera en los comienzos de su vida, como antes de conocerla a ella, y entonces pudo recordarla como había sido hasta antes de conocerlo a él, ya no enferma por la anorexia sino una criatura tocada por el sol, garganta plena sonando en su cabeza.

¿Usted cree que quiso decirme otra cosa?, preguntó, pero ya estaba convencido. Faltó nada más que un arre del muchacho para que el viejo levantara la tapa del piano y empezara a jugar con los dedos..., *hay que afinarlo, veinte años es mucho tiempo...*, *no va bien este sí, ni el do, ni...*, pero igual los dedos se le fueron,

empezaron a correr por su cuenta, primero con uno, luego con dos, siguió la melodía de una sonata, hasta que abrió las manos sobre el teclado y se lanzó en un himno de alegría.

Tocaba como un loco el viejo, tenía los pelos para cualquier lado, saltaba por sobre las notas desafinadas, como quien atraviesa, a saltitos y en puntas de pie, las piedras de un río, tropezando de vez en cuando, cada vez más allá, en busca de un lugar de luz que hacía mucho no visitaba...

NO A MUCHA GENTE LE GUSTA ESTA
TRANQUILIDAD

A María Elena Boglio

*Aquí es muy tranquilo. Nunca pasa demasiado.
Hemos aprendido a distinguir las voces de las aves
y los animales, el aleteo de los cisnes que pasan por la casa,
el ruido de los diferentes motores que retumban por los caminos.
No a mucha gente le gusta esta tranquilidad.*

JOHN MCGAHERN

Había echado las cluecas la mañana del día que tuvieron que internar a Beatriz Helena y entonces fue él quien controló los huevos hasta que los pollitos nacieron. Eso era algo que la mortificaba un poco, porque se trataba de una tarea que siempre habían hecho las mujeres, primero su madre, después su hermana o ella misma. De los cerdos y las vacas sí se ocupaba él, pero ahora quedaban sólo ellos dos en este mundo y alguien tenía que estar en el hospital acompañando a Beatriz Helena. En los veintiún días que mediaron entre las cluecas y los pollitos saliendo del cascarón, había sucedido todo. Nomás unos pocos huevos perdidos y ahora estaban ahí piando ciento cincuenta pollitos; a fines de enero podría venderlos. Todos los meses pasaba por el campo el hombre del rastrojero y su hermana o ella le entregaban los pollos; era como una caja chica, así no tenían que usar dinero de la cosecha, los vendían y a veces también los canjeaban por ropa de cama o no percederos que el hombre llevaba por los campos.

La lluvia de la noche, con ser poca, refrescaba la tierra, le sacaba al campo un perfume a recién nacido. Fueron los dos al pueblo por primera vez después del sepelio, porque se estaban acabando las provisiones. Beatriz Estela un poco cansada de escuchar condolencias que, aun viniendo de sus compañeras de oración, tal vez no eran del todo sinceras. De cualquier modo, respondió con agradecimiento a cada saludo, a cada comentario acerca de lo que había querido Dios, *ya no sufre, es mejor así, el señor la recibió en sus brazos*, acerca de que ahora su hermana descansaba en paz.

A Luis Ernesto no le gusta conversar, ha sido así antes y lo seguirá siendo ahora. Llegan al almacén y él deja la camioneta, como antes su padre dejaba el sulky, pide un vaso de Gancia y un plato de maníes y absorto va bebiendo y picando, acodado al mostrador, mientras su hermana hace las compras. Como otras veces, como antes, cuando estaban los tres, compraron azúcar, harina, yerba, té, queso cáscara colorada y dulce de batata y de membrillo para varios días. También café, cacao amargo y varias

tabletas de chocolate, porque por las tardes Beatriz Estela prepara a veces leche con chocolate y se sientan a beber en silencio, mirando hacia el campo, hacia los sembrados. Tienen trigo, maíz y algo de sorgo para los animales, algunas vacas, cerdos para consumo propio —aunque en Navidad siempre venden algunos lechones— y los pollos que crían para cubrir gastos, sin echar mano de la cosecha.

Fue sacando las cosas y las llevó a la despensa, detrás de la cocina. Después, mientras Luis Ernesto revisaba los corrales, hizo la limpieza de las habitaciones, cambió las sábanas por otras blancas, almidonadas, cambió también el agua de las jarras en los dormitorios, puso toallas nuevas (unas de algodón que Beatriz Helena había desflecado y bordado a lo largo de las noches), regó y barrió los pisos de ladrillo, pasó un trapo seco a los muebles y lavó la cacerola que en la corrida al hospital había quedado por semanas en remojo. Después, separó la ropa de trabajo de Luis Ernesto y salió al patio, llegó casi hasta el escusado, hasta unos latones sobre braseros con agua y jabón blanco que ella misma ralla para que se disuelva fácilmente, porque no le gusta lavar con jabón en polvo, y puso la ropa en remojo, para que la mugre aflojara. Entró al escusado y cuando terminó, lavó paredes, piso y fondo con creolina hasta que todo quedó desinfectado. Después regresó a la casa, a la habitación que por años había compartido con su hermana y que ahora era sólo suya, repasó cosa por cosa con una franela pero no quiso cambiar nada de lugar, y puso a hervir, sobre un calentador, un jarro de agua con hojas de eucaliptus.

Con el olor a eucaliptus reanudando la salud de la casa, se sentó a la pequeña mesa que estaba en la habitación, junto a la ventana desde la que se ve el molino, tan antiguo como ella misma, el molino al que los hermanos trepaban de niños para ver la inmensidad de la llanura, sacó papel y una lapicera a fuente negra con la pluma dorada y comenzó a escribir. Era una carta a su prima, la única prima con la que tenían trato, en la que le contaba lo ocurrido, el tiempo en el hospital desde el infarto de Beatriz Helena y luego la muerte, los trámites para el sepelio y los días de tristeza que siguieron. Si bien las noticias no eran buenas, podría decirse que más que de dolor, se trataba de una carta llena de resignación. Beatriz Helena había muerto con los auxilios religiosos, el padre Pedro —tan próximo siempre, tan querido— la había acompañado hasta último momento, le había dado la extremaunción y los había asistido a ellos espiritualmente, como siempre, desde hacía años; luego habían

celebrado una misa de cuerpo presente en la capilla de Campo Arana, una misa muy conmovedora, y llevado los restos al cementerio viejo, donde están sepultados los padres.

La enterramos ese día mismo porque las noches últimas fueron largas y estábamos prácticamente solos Luis Ernesto y yo, velando por ella, nomás nos acompañaban el peón, nuestras amigas del Sagrado Corazón y el querido padre Pedro que jamás nos abandona.

Nos hemos quedado solos, querida prima, muy solos aquí los dos, pero no nos acobarda porque así nos criaron nuestros padres y aunque es inmensa la tristeza y la falta de anhelo en estos días, nos iremos resignando, como a todo. El Padre dice que debemos aprender a aceptar la soledad, de modo que ante las sombras que nos abruman a veces y la necesidad de perdón que nos agobia, cuando el demonio pregunta, en medio de la noche ¿para qué todo?, la Virgen sagrada nos asiste, Nuestra Señora del Bien renueva en las pequeñas cosas de cada día, nuestro deseo de servir a Dios.

El campo está lindo, ha llovido mucho este año; ahora estamos por trillar. Alfa hay poca, nomás para nuestros animales, pero hemos sembrado maíz y está linda la huerta, tenemos tomates, pimientos, zapallitos de tronco y muchas flores de jardín. Estamos siempre ocupados, trabajo no nos falta, y eso siempre es bueno, porque no nos deja pensar. El domingo 13 recordaremos a papá con una misa en un nuevo aniversario de su muerte y dentro de dos meses, si Dios así lo quiere, iremos en peregrinación a Luján porque nos gustaría traer de allí una imagen de Nuestra Señora para entronizarla en nuestra casa. Tengo muchas labores pendientes, ahora sólo a mi cargo, como coser y remendar la ropa. También quisiera decirte que el año pasado, con mi hermana ya enfermita, hicimos un viaje a Fortín Mercedes donde descansan los restos de Ceferino (ahora los llevarán a Chimpay) y visitamos la sepultura de Laura Vicuña, que ya es beata. Bueno, no tengo más noticias que éstas, querida prima, te deseo en lo más profundo de mi corazón un año con selectas bendiciones y te pido disculpas por no avisar de la muerte de Beatriz Helena pero, tanto Luis Ernesto como yo, pensamos que la ciudad está muy lejos de estos campos y los caminos muy feos con la lluvia y vos tan ocupada cuidando a nuestra tía. Te prometo que cuando pasen las novenas, iremos a visitarlas. Ahora me despido, no sin antes rogarte que reces por nosotros y nos acompañes en nuestras plegarias, para encontrar resignación. Respetos a la tía y para vos todo el cariño de Luis Ernesto y

Beatriz Estela, que te quieren.

Una vez, cuando era joven, Beatriz Estela había tenido un festejante; trabajaba en una máquina de trilla que por entonces contrataban, parecía muy bueno el muchacho y a ella le gustaba, pero sin que supiera por qué razón, él no le gustaba a su padre, así de sencillas y difíciles son a veces las cosas. Después al muchacho lo habían llamado para hacer el servicio militar y entonces todo se había disuelto como una tormenta en el cielo.

Él le había escrito una carta desde el lugar a donde lo habían destinado, un sitio del sur, casi en la frontera con Chile..., en medio de esas cosas nuevas en su vida, del impacto de un paisaje cuya belleza no había imaginado y de la vida en el cuartel, él le hablaba tímidamente de sus sentimientos para con ella. No era exactamente una declaración de amor, una declaración explícita, era más bien una puerta abierta hacia algo que Beatriz Estela no se había atrevido a mirar. Pese a todo, ella había soñado muchas noches con el muchacho, soñaba que volvía a buscarla, vestido de soldado y se la llevaba a los tropezones por el campo, pero después con los años, aunque su padre ya no estaba, también los sueños se diluyeron.

Cuando el padre murió supieron que habían quedado ahí, en ese campo cercano a la Capilla, como un testimonio del pasado, viviendo los tres a la manera de antes, custodiando las tierras, como habían vivido los padres de sus padres. Supieron también que estaban rodeados, que toda la región, excepto las hectáreas que ellos tenían, se había transformado para siempre. Los nuevos dueños cambiaban trigo por soja que da mayor rinde, cerraban los tambos, vendían animales, no había quien viviera en las viejas casas, ni un vecino a donde ir a jugar a las cartas alguna noche, ni donde pedir auxilio si les pasaba algo, *pero tengo que decirte, prima, que no nos acobarda ni nos disgusta, porque hemos sabido, con el auxilio de Dios, permanecer a nuestro modo, y así será hasta el último día. Cuando ya no estemos, el padre Pedro o quien ocupe su lugar, dispondrá qué hacer con estas tierras que hemos heredado de los nuestros y que el Señor ha querido que custodiáramos. Ya hemos hecho testamento a favor de la parroquia.*

Era media tarde y había otra vez en el cielo nubes pesadas, gordas como lana o algodón, prontas a reventar, hasta que comenzó a llover. Unas gallinas y sus pollitos cruzaron asustados, hacia el cobertizo, apenas empezaron los goterones. Beatriz Estela miró por la ventana hacia el molino y más atrás hacia los corrales donde Luis Ernesto encerraba a las vaquillonas y limpiaba los desagües. Ignorando el aguacero, él se arrimó a la casa, al cobijo de chapas donde guardaban las herramientas, y ahí curó la pata embichada de la potranca. Tal vez en otra ocasión le hubiera pedido ayuda, pero ahora la ha atado a uno de los postes de la cerca y le quita los gusanos, le pone cura bichero, le deja la pata plateada como una luna.

La herida ha empeorado en estos días, dice al entrar. Lo has hecho solo, podría haberte ayudado, dice ella mientras prepara el mate cocido, corta pan, unas rodajas de salame, comen en silencio. Estuve escribiéndole a nuestra prima, dice después.

Luis Ernesto no contesta, mira hacia la fila doble de plátanos, con las hojas brillantes por la lluvia. Él sí había estado a punto de casarse, un noviazgo muy largo con una chica del pueblo, que finalmente acabó. Nadie supo la causa, tal vez cierta resistencia de las hermanas o quizás había sido simplemente cansancio de la chica, que ya no era tan joven, cansancio de esperar quién sabe qué. Puede que las hermanas le hubieran hecho, en aquella ocasión, algún desprecio, tal vez él le había dicho algo ofensivo aquella tarde o simplemente ella había estado esperando ese desdén para cerrar un mundo y abrirse finalmente a otro.

Vivir no es fácil, ni siquiera en el campo, le había dicho Beatriz Estela a su prima, ni siquiera en la tranquilidad de la vida que llevamos, se sigue haciendo lo de siempre por comodidad, por costumbre, hasta que la luz cruda, directa, hace ver lo que ya no se puede negar, eso que nace de la desesperación.

Cuando la madre murió, todavía no había aparecido en la vida de Beatriz Estela el muchacho de la máquina de trilla. Había muerto del corazón, así de pronto, un día estaba y al otro día ya no estaba. En ese tiempo atendía la parroquia y la Capilla un cura viejo, su hermano tenía diecisiete —uno menos que ella— y su hermana todavía era una niña y entonces el padre decidió suspender, primero por duelo y después ya por costumbre, las pocas salidas al pueblo que antes hacían, se encarnizó en vivir en soledad, mejor dicho en que los cuatro vivieran solos, sin nadie más que ellos mismos. Las hijas —sobre todo Beatriz Estela, pero también su hermana todavía

pequeña— debían ocuparse de la casa, hacer entre las dos lo que antes había hecho la madre, debían hacerlo como el padre quería, al modo de la madre, sin chistar. Nadie iba a la casa, porque no recibían visitas, nomás el señor que pasaba a vender por los campos, el hombre con el que cambiaban huevos y pollos por ropa de cama, ropa interior, telas, pero en cierta ocasión, no recuerda ahora por qué motivo, llegó un matrimonio. Lo que sí recuerda es cómo se agitaron los gallineros, el campo todo, en el alboroto que provocan los huéspedes, incluso un matrimonio de mediana edad, en la casa donde un hombre vive sin mujer, sólo con sus hijos. Las hermanas mataron dos pollos, los desplumaron, chamuscaron los canutos sobre la llama, los desventraron y los cocinaron a la cacerola. En el curso de la cena, el padre, el hijo y los invitados se sentaron a la mesa, pero las hijas permanecieron ocupadas en que nada faltara. En algún momento la invitada se volvió a Beatriz Estela y le preguntó cómo había preparado esa comida tan rica; quien contestó fue el padre, *Es la finada*, dijo, *ella las guía*. La conversación derivó después hacia las lluvias, el rinde, los precios del cereal y del kilo vivo, entonces Beatriz Estela comentó algo sobre la cotización en Liniers que había escuchado en la radio esa mañana y el padre amagó con tomar el látigo que por precaución colgaba de la silla, para intimidar a la hija por la impertinencia, porque cuando una hija opina, gritan las bestias de la noche, los perros aúllan, chillan las lechuzas.

Un domingo, después de misa, un domingo soleado, vuelven los cuatro en el auto, el padre maneja y el hijo lo acompaña en el asiento de adelante, detrás van las hijas, Beatriz Estela muy compuesta con su vestido de piqué y Beatriz Helena que se ha soltado la trenza y mira por la ventanilla hacia atrás. Hacia atrás está la Capilla donde acaban de oír misa, la primera misa del cura nuevo. El cielo está imposible de celeste, intenso como el verde de los sembrados; de vez en cuando, cruzan bandurrias. La parroquia y la Capilla son el primer destino del Padre, quien ha venido, dice, a hacer de la suma de esas almas, una comunidad; en el curso de la ceremonia, leyó un párrafo del Génesis: *Jehová hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y*

se unirá a su mujer, y serán una sola carne, sermón sobre el que pensaron toda la tarde las hermanas. Especialmente a Beatriz Helena le había resonado la palabra varona, la palabra y esa frase: *dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne*.

El cura nuevo alzó la cabeza, recuerda Beatriz Estela, y se quedó mirando hacia la puerta, hacia donde estaba su hermana; después dio la bienvenida a todos y comenzó con la ceremonia, pero parecía tropezar con las palabras. Cuando terminó, el padre y el hermano se acercaron a saludarlo; ellas quedaron afuera, en el día brillante y sin viento. Les hubiera gustado que su padre invitara al sacerdote a la casa, a almorzar, como hacía cuando estaba el cura viejo, pero su padre no ha dicho nada. Sería sencillo salirse del camino, cruzar la cerca y avanzar, pero del otro lado se espantarían los pájaros. Puede que después, en los meses siguientes o los años, alguna vez su hermana haya llegado hasta la orilla del río, se haya encontrado a solas con Pedro, cómo saberlo, lo único cierto es que las dos se han quedado finalmente donde correspondía.

Beatriz Helena era por entonces muy bonita, más bonita de lo que nunca ha sido ella, la hermana pequeña, una belleza de piel muy blanca y cintura estrecha. El sacerdote se ubica a su lado sin tocarla. Ella lo mira. Las nubes se están moviendo con rapidez, oscureciendo el sol, proyectando sombras sobre el campo. Así pasan los años, hasta que un día el padre también muere y quedan nomás los hijos en la vieja casa, el hijo y sus hermanas. Dos mujeres atendiendo a un hombre, para que nada le falte, para que no extrañe a la madre, para que pueda resolver las cuestiones del campo. Solos en la casa, sin visitas, aunque algunas veces, los domingos, después de misa, el padre Pedro almuerza y pasa la tarde con ellos. Una de esas tardes, Beatriz Helena entra a la casa corriendo, se encierra en la habitación; tras ella, los hombres. Beatriz Estela sirve la merienda, pregunta qué ha sucedido, pero nadie contesta. Cuando el cura se va, Luis Ernesto dice: *es tu hermana, provocando...*

Juntos van a soportar el pasado, ella lo sabe, ella va a hacer lo posible. Los pinos se peinan con el viento, pareciera que hablan, los muebles crujen con la humedad. Allá afuera, en el campo, algo se sacude, mugen las vacas y están los caminos cubiertos de yuyos, el olor a estiércol, los charcos de agua. Ella no podría nombrar todo lo oscuro que vive ahí afuera, no saldría por nada del mundo, pero aquí en la casa está su

hermano... *tal vez deberíamos bendecirla otra vez*, se dice.

Al padre Pedro se lo aceptaba porque aunque era joven y hacía parlotear a las chicas de la zona, no era a los ojos del hermano un hombre sino un sacerdote. Tal vez no fuera así para Beatriz Helena y entonces algo se detuvo a tiempo, cuando Luis Ernesto apareció... una eternidad ha transcurrido desde aquel viaje en auto entre la Capilla y el campo, desde aquel día de la primera misa del curita nuevo, hasta que el auto redujo la velocidad y se metió en la doble fila de plátanos que va desde el camino hasta la casa.

Ahora Beatriz Estela va a hacer todo lo que esté a su alcance para cuidar lo único que tiene. En el silencio de estos días, a la hora de la cena, le parece que ha alcanzado con su hermano una comprensión más honda, más intensa que la que tenía. *No has dicho una palabra en toda la comida*, dice, animándose a apoyar su mano sobre la de él, abierta sobre el mantel a cuadros.

¿Cómo vamos a hacer para seguir?

Como hemos hecho siempre, dijo finalmente él, *unidos los dos, ahora más que antes*. Después se refregó los brazos, *Está haciendo frío*, dijo. Ella sacó del perchero una campera gris de lanilla y se la puso sobre los hombros.

Hermano, hermanito mío..., dijo, *querido...*, se animó todavía a decir. Después empezó a recoger la mesa, puso todo en la pileta, calentó agua, lavó, secó y guardó cada cosa en su lugar para que a la mañana siguiente todo estuviera en su sitio... *Estás cansado, vamos a dormir...*, dijo. Como un niño conducido por su madre, él obedeció. *Sí*, dijo, *estoy cansado...* apoyó una mano sobre el hombro de ella y no sabríamos decir quién llevó a quién hacia el pasillo, hacia la habitación de las hermanas, la habitación que ahora sólo era de Beatriz Estela...

Que tengas buenas noches, dijo él.

Buenas noches, dijo ella.

¿Vas a necesitar algo?, preguntó él.

No, no creo..., dijo ella.

Bueno, hasta mañana entonces, dijo él.

Hasta mañana, dijo ella.

Que descanses...

Él dio unos pasos hacia la habitación contigua. Ella dijo todavía:

Luis Ernesto...

Él se volvió, justo ahí en la puerta.

¿Sí?

No, nada... Iba a comentarte sobre los pollos, los pollitos..., pero mejor hablamos mañana...

Hasta mañana, entonces...

Hasta mañana...

LA PARISINA

A Claudio y Elenita

Todo principio no es más que una continuación, y el libro de los acontecimientos se encuentra siempre abierto.

WIESLAWA SZYMBORSKA

Cuando entraron, antes de que los abordara el conserje, él bajó los ojos hacia la pequeña valija, casi un maletín, tan fuera de lugar. También la ropa fuera de lugar, el pantalón, los zapatos, el corte de pelo, a juzgar por la elegancia de los dos señores que esperaban en el hall. Ella en cambio estaba muy bien, el vestido sobre los pantalones bombilla, negros, clásicos; un echarpe, los zapatitos. El trabajo la llevaba desde hacía años a lugares como ése, cadenas de hoteles en los que, a pesar de cierta costumbre que se había instalado, se sentía extraña. No tan extraña como él, que no sabe por dónde avanzar, hasta que ella sugiere que, terminado el congreso, podrían quedarse unos días en la ciudad, en este hotel donde se aloja ella. De ese modo ha resuelto la incomodidad de quien no quisiera registrarse a su nombre, porque está casado, porque no está acostumbrado.

Él recuerda la última vez, la única, la mañana del día en que ella salió hacia Marsella. Un edificio deslucido, de varias plantas, con paredes de estucado, sobre una calle concurrida; no había una plaza cerca ni un bar bonito, ni un parque ni un café para arrimarse después. Ella iba a Francia a casarse, a tener hijos, y ese día —esa mañana justamente— se acostaron los dos en aquel hotelito del Once. Así lo había guardado él en la memoria; también de ese modo lo recuerda ella que treinta años atrás está poniéndose las medias, los zapatos, la camperita, después de hacer el amor. Llevaba un vestido beige tipo Courrèges y un pañuelo rojo, pequeño, atado al cuello. *Una mujer elegante siempre lleva medias*, solía decir su madre y ella va a subir al *Eugenio C* con sus medias de nylon y el pañuelo al cuello; le hace gracia recordarlo, el pañuelo y sus manos delicadas como las patitas de un gato. Ella sabe que de ciertos viajes no hay regreso, que no se puede volver ni siquiera volviendo. Así de irreversible. De eso se nutre esta memoria; nada de qué quejarse, lo ha decidido ella, aunque después no resulte.

En el crucero aquél viajaba Norma, buscando un poco de glamour. Cuando cruzaron el ecuador y se hizo aquella fiesta, la vio por primera vez: una mujer unos diez años mayor que ella, que también viaja sola, que en *La fiesta ecuatorial*, con mascaritas todos y con disfraces, explota, ríe a carcajadas. Elena comprende que es una de las suyas. *Viaje de placer*, dice Norma, y ríen las dos de lo que dicen y de lo que todavía no se han dicho. Después, en París, casualidades, un encuentro en una librería, luego en la cola de un teatro y finalmente una tarde completa en los Jardines de Luxemburgo. Suficiente para hacerse amigas. Muy amigas.

Elena es pequeña, estilizada, de pelo lacio; esconde lo que piensa y lo que siente, incluso se lo ha escondido a él, pero a Norma cree que puede decírselo. En el crucero hay un puñado de indeseables, copias humanas de una misma historia, mentirosos que se trasladan desde Buenos Aires hacia Europa. *Camouflage*, dice Norma, entre carcajadas.

Navegan las dos como los otros, entre el miedo y la vigilia; inevitable la nostalgia, como si todo hubiera sucedido hace tiempo, o como si nada nunca hubiera ocurrido del todo. Simulacros rumbo a Marsella, en un barco llamado *Eugenio*.

Ésta es una historia de dolor. Una historia que se hizo con apenas dos palabras: *denuncias, desarraigo*.

También la madre de ella, en su día, había viajado sola desde Génova hacia Buenos Aires, había viajado en un cacharro que la vomitó en un hotel para inmigrantes y después en uno de esos trenes que atraviesan la llanura; supo lo que hacía esa madre, aunque fingiera no saberlo. Ahora, la vida de la hija se arma en el vaivén de una travesía donde se inventan historias, motivos de traslado, compañeros de viaje. Hombres y mujeres imaginan lugares donde situar sus cuerpos, se convencen de que no estuvieron con nadie; ninguno los busca, no corren peligro, son turistas, viajan porque quieren.

Elena navega en un barquito aventurero, con centenares de hombres y mujeres que han perdido la brújula, gente sin lugar fijo que va y que viene; cuando los corren de un lugar, van para el otro, son de ninguna parte. Entonces se inventa también ella una patria, la parisina. Estamos en 1977, un día soleado de marzo, ella es hija de italianos y se va a vivir a París; que haya nacido en Argentina no tiene mayor importancia. Está de novia con un hijo de franceses, un muchacho que ha tenido un problema —un

malentendido que sus padres y el gobierno francés ya han resuelto— y ahora viaja a encontrarse con él. Por eso ha permanecido estos meses en Buenos Aires bajo otro nombre, bajo otra historia; una novela construida a partir de tres palabras, *secreto*, *sospecha*, *simulación*. Nada de eso va a decirle al hombre con el que se acostó esta mañana, por mucho que el hombre le guste —lo ha descubierto tarde—, la suerte está echada.

Una casa, una mujer que viaja para perderse y un hombre que se queda para encontrarla. Cerca de la casa, la clínica donde los dos trabajan, él es médico, es residente, hace guardias. Ella es una suerte de secretaria, una chica que está de paso; alguien ha arreglado las cosas para que permanezca ahí por unos meses, forma parte de la salida, forma parte del viaje. Al novio francés lo buscaron en medio de la noche y se lo llevaron. Por el tono de voz que usaron para decir su nombre, supo que ni tiempo tendría de levantar sus cosas, de avisarle a ella. Con un arma en la nuca, le dijeron que avanzara sin dar pasos en falso, hacia el furgón que estaba en la calle. Mientras él oía esas voces comenzó a balancearse el barco que iba a sacar a Elena del país.

En un principio el verbo fue *deportarse*, aunque bien hubiera podido ser *distraerse*, *disolverse*, *despintarse*. Después vino el verbo *olvidar*. Después, ya para siempre, *recordar*.

¿Y qué recuerda Elena?

El olor de la habitación en ese hotelito del Once, después de haber hecho el amor. El olor y los ruidos de la calle, las ofertas, el griterío...

Sólo una vez se tienen veinte años y ella, que acaba de cumplir veintiuno, transita el verano del 77 con la fuerza de quien desobedece a algo que aún no sabe qué es y con la resignación de quien se deja llevar por lo que ya se ha hecho. Tocar esos recuerdos lejanos, es también abrir la memoria sobre sus miserias, sobre los olores de la noche.

Hay una lente que empaña el aire del último atardecer, antes del viaje. Una daga, una lanza, alejándola de la mano que la sostiene. Ella le ha dicho a él que no, que no está enamorada del francés, pero que igual se va. Se va en un crucero, como si fuera de vacaciones, y no piensa salirse del camino; como quiera que sea, es tarde para otra

cosa, en algún sitio ya han tocado diana. O tal vez no se trata del francés sino de Francia, de París más bien se diría, de no ser ya una chica de provincia, de convertirse en parisina.

Una parisina y un provinciano no van de acuerdo, dijo él aquella vez; herida dulzona. Qué resignado sonó eso, qué poco exigente; tal vez si se hubiera enojado, si hubiera dicho algo, una palabra, si la hubiera retenido... pero no la retuvo, más bien contuvo la corbata al cuello, las emociones. Cuánto por aprender en el silencio de la época... Él la despide entonces, sin ilusiones, sin esperanzas, poco a poco se rescata del ardor, se anestesia bien y reingresa a la casa vieja, a la clínica, a su mundo.

Contar la historia de uno es contar la historia de todos.

En el crucero la mayoría bebe jerez, aunque algunos prefieren whisky y algunas toman un coctel de moda hecho con vodka y jugo de naranja. Bandejas con mousse de atún, ciruelas con panceta, tartas saladas y dulces, fiambres, frutas secas y quesos, arreglos de servilletas, copas de caña larga, jarrones con flores..., ¿quién ha pagado todo eso?, ¿la familia del novio, la embajada? Ella no. Aun así, no logra imaginar el lugar a donde va, las delicias o torturas de la vida que le espera; envuelta en una fe que tiene el tamaño de su ignorancia, Elena viaja en el *Eugenio C.*

Dejan el hotelito del Once. Antes de salir, ella se detuvo a mirarlo una vez más, porque aquella mañana lo vio verdaderamente por primera vez, por última vez. El pelo corto, oscuro, los hombros anchos, los brazos, una sonrisa encantadora. Se llamaba Jorge, antes y ahora él siempre se ha llamado Jorge. Ella usaba por aquel tiempo otro nombre, otro apellido; él no hubiera sabido cómo buscarla.

Por el camino él renuncia a hablar. Ella suelta lo primero que le viene a la cabeza, una novela intentando explicar lo que no tiene explicación. Lo que dice suena pretencioso, incoherente, pero aun convencida de que no resulta, de que está abrumándolo, es incapaz de detenerse. Desconcierto de estar con ese hombre que no es todavía un amante, que no va a ser su marido. Nada de eso, pero los une un sentimiento que no quiere irse y es dolorosa la intemperie que se avecina, ese abandono, cuando apenas si ha sucedido algo entre los dos.

Si se hubieran conocido antes, si hubieran compartido calles, camas, bares...; después de todo, hace meses que ella trabaja en la clínica, que podrían haberse cruzado al hotelito y ha tenido que ser esta mañana, la mañana del día en que se va.

Antes del encuentro en aquel hotel del Once hubo señales, momentos en los que una mano se demoró sobre la mano del otro, en los que la mirada de él no pudo retirarse a tiempo..., finalmente todo principio no es más que una continuación y el libro de los acontecimientos está siempre abierto. Los signos siguieron después en su memoria, alimentándola, siguieron por años, como un juego o una obsesión, la de preguntarse cómo hubiera sido la vida de haber tomado otro camino, pero cuál.

A Norma se le ocurre rastrearlo en Facebook, le pide amistad y cuando finalmente él la acepta, le escribe por privado que es amiga de una amiga suya que en marzo del 77 viajó desde Buenos Aires a Marsella. La amiga se llama Elena, ése es su verdadero nombre, viaja por trabajo a Buenos Aires y adoraría verlo.

Es la primera vez que duermen juntos desde aquella noche única. Él ha hecho a lo largo de estos años escasas incursiones fuera del matrimonio y se ha decidido finalmente por la modorra: cada mañana al hospital, cada tarde a la clínica, más que un médico en acción un administrador que regresa a casa a la hora de la cena, los hijos ya grandes, y mastica su comida frente al televisor o se mete de cabeza en el periódico, doblegándose algunas veces ante el director del hospital y otras veces ante los reproches de su mujer; sosteniendo a paso redoblado la familia.

Ella ha sido en los hechos fiel al marido, aunque siempre haya estado con la cabeza en otra parte. Así vivimos, en la ignorancia o en la fe sorda, pensando que, si no nombramos lo que hay que nombrar, si no hacemos ningún movimiento, todo va a quedarse quieto. Hasta ahora, ni él ni ella habían tenido coraje.

Ella lo vio como la primera vez, más allá de los kilos que había agregado y de las canas. Treinta años atrás, en la clínica donde trabajaba, uno de los médicos —un residente— había tomado su mano, la había apretado sin necesidad y con un suspiro, como quien se da por derrotado de antemano, le había preguntado si podían verse fuera de ahí. Así comenzó eso que hubo entre los dos, eso que terminó antes de empezar. Ni una aventura siquiera, tampoco un juego, más bien un ritual de despedida.

Cuando salieron del hotel hacia la calle, hacía un calor agobiante, de verano.

—*Imposible quedarte...* —dijo él. A Elena le temblaban todavía las piernas, cuando la atrajo, a la vista de todos, en la vocinglería del Once, para besarla. ¿Y si se

hubiera quedado?, ¿qué hubiera pasado con ella, con él, si se hubiera quedado?, ¿en qué sitio recóndito, en qué pueblito de provincia, hubieran tenido que vivir? No sabe si hubiera resultado, ella quería vivir en París.

Esos días de marzo, ay, tan tristes. Un resplandor en el cielo y la silueta del barco y entonces ella se sumó a los zombis que subían por las rampas, hasta su camarote, hasta la cucheta. Horas después, cuando el barco hubo zarpado, la gente se puso a hablar y sirvieron cócteles en los salones y en cubierta, porque al fin y al cabo se trataba de un viaje de placer.

Un crucero.

No puede olvidar lo sucedido, repasa cada gesto, cada detalle, porque sabe que va a guardarlos con ella siempre. Va a guardarlos bien, va a acomodarlos en algún sitio y se va a casar con el francés. El matrimonio está armado, novio y suegro la esperan en Marsella y de ahí en auto hacia París. En lo que a ella le compete, hará lo que sea necesario para que todo transcurra sin problemas.

Increíble la cantidad de detalles que puede recordar de esas pocas horas compartidas. Un lunar en la espalda de Jorge, puesto ahí en un sitio inapropiado; una palabra que él dijo que no se condecía con la boca que la pronunciaba, palabra por demás grosera y a la vez tan pertinente. Una mirada, especialmente una, que él le había dedicado. La humedad algo grasosa de su piel, una cicatriz en la muñeca, el vello en el pecho, demasiado ralo para su gusto. Había sentido su presencia con tal fuerza, que enseguida supo que no iba a olvidarlo; menos iba a olvidar los cuerpos de los dos, sacudidos por el deseo, respondiendo contra la voluntad.

En los años que siguieron, los treinta años con su marido, hubo francamente de todo, pero aunque nunca dudó de lo que había vivido, supo reprimirlo con eficacia. De no haber podido, ¿hubiera buscado antes a ese hombre, ya que él no podía buscarla a ella, ya que él no sabía su nombre? De cualquier modo, se decidió por la prudencia, por el recato y, todo hay que decirlo, por el confort, hasta que el confort se le volvió insoportable.

Había tenido que salir del país, las circunstancias la habían obligado a casarse con

el francés o tal vez, de un modo difícil de precisar, eso es lo que había buscado ella. Sola como la luna en el cielo de aquel barco, se había lanzado a un mundo desconocido; tan expuesta como oculta en ese viaje de crucero, haciendo un borrón con el pasado, tejiendo los lazos de algún futuro. ¡Qué manera de subirse a un barco, de tomarse el buque!

Ahí mismo, bebiendo en cubierta junto a la amiga nueva, habían tenido el tiempo suficiente para explicarse las cosas sin tener que nombrarlas, sin pronunciarse del todo ni una sola vez. Bamboleándose las dos entre verdades y mentiras y el mar como una pampa allá abajo, hasta el horizonte. Pero sabe Dios que Jorge no quiso retirarse, que la siguió visitando en sueños, que no la dejó tranquila, detenido en aquel momento, siempre joven, a expensas de ella que iba envejeciendo. Se le aparecía en las noches, más allá de lo que le ofreciera la vida; hasta que se cansó de soñar, porque siempre llega el momento en que decimos basta. Reverdecieron entonces de un modo real, posible todavía pese a todo, el hotel, la despedida, el barco, todo aquello que había guardado intacto, esas horas compartidas, el triste camino que terminaba en el *Eugenio C.*

En treinta años, de todo.

Un matrimonio que nunca terminó de cuajar, una suegra que no termina de tragarla, una hija con la que no termina de entenderse. *No hemos logrado que lo nuestro fluya*, le ha dicho esa hija que es ahora una mujer. Más han fluido, si se quiere, las cuestiones profesionales, trabaja para un laboratorio, un cargo directivo, viaja a menudo a congresos, gana bien, circula por muchas ciudades pero no había regresado a su país al que ahora vuelve por cuestiones de trabajo.

Es una de las razones por las que acaba de aterrizar en Buenos Aires, después de tantos años, en un congreso médico. Nomás enterarse de que iba a viajar, le ha contado a Norma que le gustaría verlo, saber qué ha pasado con aquel hombre, y Norma lo ha buscado en las redes. Desde que contactaron, han hablado por teléfono casi todos los días y es ella quien le ha pedido que se inscriba en el congreso, aunque no se trate de su especialidad.

Él ha vivido dormido hasta que ella lo encontró, no tan igual al que había sido, y sin embargo el mismo. Para comprobarlo, Elena regresa. Si antes, alguna vez, había

viajado en barco, ahora lo hace atravesando el aire. Sus vecinos de asiento duermen o, tal vez como ella, recuerdan con los ojos cerrados. Lo único cierto es que en este barco de *Air France* no hay máscaras ni disfraces ni fiesta ecuatorial; aquí ella vuelve con su propia cara y con su verdadero nombre.

Él se ha bajado hace un momento del tren, viene desde su provincia, desde un pueblo pequeño, con una entrada de álamos. Apoyado en una columna, cerca de los andenes, nomás con verla así de lejos, se puso nervioso, encendió un cigarrillo, se acomodó el pelo, aunque lo lleva tan corto que no necesita acomodo. Ahí donde está, recién llegado, la ve barrer con los ojos los andenes, la cabeza hacia un lado y hacia otro, como un pájaro a punto de posarse en un cableado de alta tensión.

Supo que lo había reconocido cuando la vio detenerse, recomponer la falda y caminar hacia él, tan campante, *¿Cómo estuvo el viaje?*, un beso y otro beso, la parisina.

UN ÁGUILA SOBRE EL NOPAL

A Dorilda Pereyra

*No puedo decir que no tenga miedo.
Pero mi sentimiento predominante es el de la gratitud.*

OLIVER SACKS

De todo lo que ha visto y hecho en la vida, algo ha cambiado en la memoria; las infidelidades, por ejemplo. Cuando era joven, podía saltarle al fulano a la yugular; ahora sabe que nada —ni siquiera eso— podría destruirla. A los tumbos, pero ha aprendido a encender el fuego con el que atan el tiempo los aztecas, se ha dejado humillar de mil maneras y por el camino ha abierto el pecho de al menos tres guerreros. Es verdad que también le han arrancado el corazón a ella y también es verdad que hizo leña del árbol y caminó de rodillas hasta que el águila devoró a la serpiente, sobre el nopal que crece en la laguna.

Cuando estaba por cumplir cuarenta, le cayó como del cielo, una beca a Ginebra. Nunca había viajado a Europa y decidió que tenía que aprovecharlo, de modo que al trabajo en el herbario de Linneo, agregó unos días en París. No fue, como creyó en un principio, el único viaje; entre los cuarenta y los cincuenta le llovieron invitaciones. Nueva York, Ámsterdam, La Habana, Roma, Medellín, Florencia. A los veinte, ni se lo hubiera imaginado metida como estaba en aquel hospital, enferma y sin dónde caerse muerta, pensando que la vida terminaría pronto y resucitando, sólo Dios sabe cómo, después de la operación y las quimioterapias. Tampoco lo hubiera imaginado cuando —ya con un título de bióloga en el bolsillo— trabajaba ad honórem en Hemoderivados. Ni más tarde, separada y con una niña, su propia boca y otra boca a mantener.

Cada diez años nace el fuego nuevo, el espejo de obsidiana con el que se mira el rostro y el corazón de los hombres; ella lo ha encendido más de una vez y más de una vez ha muerto sobre el despojo de sus víctimas. También tuvo sus disgustos, mermas a la autoestima; hace ya mucho, en una excursión, un pequeño accidente con una pasajera y la joven guía que le solicita ayuda a su marido. Desde que él decidió portarse como un cretino, ella no lo ha vuelto a ver; ni ella ni la hija que tuvieron y ha

sido mejor así. La guía le dio al marido tarjeta, ayuda memoria, papelitos; unos años más tarde ella tomó en otro sitio otra excursión y ahí estaba muy campante la muchacha, no pareció reconocerla. Por más que ella nombró al cretino, le recordó cada detalle, la chica no logró hacer memoria *Disculpe*, dijo, *¡pasan tantos por estas excursiones! ...una habla con todo el mundo, nomás por ser gentil.*

Cuando estaba por cumplir cincuenta, la invitaron a dar unas conferencias en Berlín, y decidió que iría otra vez a París. En el tren que la llevaba de Postdam a la Gare du Nord, uno de esos trenes rápidos donde los pasajeros cuelgan sus abrigos, comen su sándwich, beben cerveza, sacan un libro y se ponen a leer como si siguieran un libreto, ella descubrió en el reflejo de la ventanilla, que un diente —el que está detrás del colmillo derecho— se había corrido hacia afuera. Pensó que aquel tumor de los veinte había rebrotado, hecho metástasis en su cabeza y supo que debía aprovechar el viaje que, esta vez sí, sería el último.

Le cuesta dormir en la habitación que ha alquilado en el Distrito 19, mirando el cielo raso y haciendo repaso de sus días; la vida le ha dado una carrera, una hija, le ha permitido armar un segundo matrimonio. La despiertan los ruidos de una habitación vecina; en el espejo del baño, la luz del otoño trae otra vez el tumor empujando el diente.

Puede recordar muchas cosas de los viajes: una madrugada en Venecia con la ciudad envejecida y vacía como el mascarón de una proa, fotos de mujeres colgadas de una soga en una callecita de Lavapiés, una prostituta convertida en virgen por obra y gracia de Caravaggio en una iglesia de Roma, la luna hacia Brooklyn sobre un buque repleto de secretarias, una mujer en Granada que, como no le dio dinero, la maldijo..., se quedó varios días con eso en la cabeza, miedo a que se cumpliera la maldición. Por mucho que haya hecho, premios, viajes, alumnos (ahora mismo está volando al DF por la tesis de una doctoranda), ella no es más que una mujer preocupada por los microbios y las ratas.

La confunden con una europea en casi todos los países a los que va. Cuando saca sus tickets o contrata un audio o se sienta a la mesa de un restorán, le hablan en inglés, pero ella no es inglesa, ni yanqui, ni francesa. Conoce una ciudad de ríos entubados y otra sobre palafitos y otra inervada de canales y una de color rosado y

otra cubierta de mármoles y otra de edificios espejados... a veces, por las tardes, toma una copa de vino mientras habla por teléfono con una amiga de su madre, una amiga que es como una madre para ella y que vive al otro lado del océano. *Viajar es vivir*, dice el taxista que la traslada hasta el hotel. Vivir, piensa, pero dice, *tienen ustedes una ciudad muy bonita, única*, justo cuando pasan frente a la biblioteca de la UNAM.

Disfruta otra vez de París, se dejó un día completo para ir hasta los jardines con nenúfares que hace años vio pintados en un museo de Nueva York. Mientras, pasa revista a lo que hará cuando llegue a su casa. Del tumor no le ha dicho al marido una palabra, no tiene sentido preocuparlo a la distancia, mucho menos a su hija, recién casada, y menos todavía a su madre. Aunque tuvo tiempo de organizar en su cabeza cada minuto, cada cosa, hasta el final, hace lo posible por mostrarse despreocupada. Llegado el momento, va a decirle al marido que no despilfarre en tonterías y ceremonias, mejor que al dinero se lo lleve su hija que está en la lucha, como alguna vez estuvo ella; tampoco que la cremen, eso no va con ella, conoce Dachau y Auschwitz. De todos modos, por ahora ni lo menciona; sólo dice que Berlín le encantó, los museos, la avenida de los tilos, un paseo por el río; las conferencias tuvieron eco, salieron notas en la prensa...

El regreso, vía San Pablo con casi diez horas de espera en la combinación, fue agotador. A dos días de llegar, ya había sacado todos los turnos, clínico, ginecólogo, endocrinólogo, especialista en cabeza y cuello, oncólogo, y después los estudios, radiografías, tomografías, cámara gamma, centellograma... recién entonces fue al dentista, le tomaron un molde y le repusieron una pieza que había perdido hacía años y nunca había reemplazado porque estaba muy atrás. Le hicieron un perno sobre la vieja raíz y sobre el perno una muela perfecta, como si fuera suya. De a poco, el diente que estaba salido se acomodó, se redondeó la mejilla, hasta se podría decir que le han quitado unos años.

Así es como ha llegado a los sesenta. La invitaron a un congreso, otra vez a México, y otra vez, en un chequeo algo no ha dado bien, una mancha. No angustia

tanto ahora que cada día se produce, entre los muchos amigos que tiene repartidos en el mundo, alguna baja; sin embargo, todo se repite como en una copia de baja calidad, chequeos, otra vez oncólogo, radiólogo, endocrinólogo, tomografía, centellograma, cámara gamma... quisiera resolver todo antes del viaje y, de ser posible, dejar los tratamientos paliativos para el regreso. La cirugía —se lo ha dicho a uno de los médicos, uno de la larga serie de especialistas por los que ha pasado— sólo si hay esperanzas de tirar todavía por un tiempo, porque a esta altura ella no quiere seguir de cualquier modo, quiere calidad de vida. Esta vez sí se lo ha dicho a su marido y el marido se lo ha dicho a su hija; de acuerdo, hará el tratamiento que haga falta, lo jura, lo promete, no le queda otro remedio, hará lo que le pidan siempre que no tenga que sufrir demasiado. Quién sabe, tal vez rasguñe todavía algunos años.

Ha pagado consultas y estudios privados, desechó la obra social para que todo se resolviera pronto; le ha salido una fortuna pero lo hizo a conciencia, no hay peor cosa que la ansiedad. La semana antes del vuelo recoge los resultados y va al oncólogo. *No entiendo qué pasó, pero no hay nada, mujer, nada de nada*, dice el médico.

Fue una niña de domingos a misa, de acomodar altares, de cantar descoyuntada *Vuelve tus ojos, madre del cielo, oh, madre mía*, de persignarse ante la casa de los muertos, síntesis de todas sus obsesiones. Eso no le impidió estudiar, investigar, tener una hija, encontrar maridos, mirando cada tanto, más allá de sus anteojos, el misterio. Anteojos como máscaras y uñas comidas, baratijas, de eso está hecha la criatura que la habita: una telaraña apelmazándose en el pecho, la idea que aparece cada tanto, la de suprimir todo lo vivido, que la arrastren las palabras. Pero las palabras no la arrastran por completo, una parte de ella vuela como si llegaran pájaros, como si se soltaran del alambre las patitas. El mundo está colmado de pequeños sueños y ella no sabe si es de mañana o de tarde, si el destino va a caballo o en carreta, si vendrá en forma de cuervo o mariposa. Entretanto la noche llega en un tren sin pasajeros y ella va sobre el tren y no se baja, cómo quisiera otra vez ser niña, bostezar en el hastío de un pueblo, su corazón de entonces, un corazón sin fuego todavía.

A veces cree ser libre, pero no sabe distinguir el bien del mal, del pecho le brotan silbidos, se reza a sí misma, maestra que dice no y no con la cabeza. Ha amado y la han amado y sin embargo no le alcanza; desde lejos llega el latir del mundo, a eso se

atreve a veces todavía, a esos colgajos. En ciertas ocasiones aparecen ángeles y se quedan de pie, como si fueran pavos o gallinas. En otras, alguien la sigue como un espantapájaros, hasta que ella se da vuelta; le arde el pecho, el ala, el pelo. No quiere irse, irse no, no todavía, siente miedo.

Anoche volvió la Sombra. Algo no ha dado bien, el diente que otra vez asoma o el carraspeo que no se va o el dolor que persiste en la espalda. Aunque han pasado mil años desde aquella primera vez, la reconoce, va por el comedor, el dormitorio, la cocina. Mantel como mortaja, platos como huesos, abrazos de los que están despiertos, los que tal vez soñaban pero igual la vieron. El espejo donde va a mirarse se ha hecho trizas, como si estuviese desenterrando a alguno; sabe que esa Sombra volverá, mañana mismo o dentro de un siglo. Mientras, a lo lejos, la vida crece, algunos nacen y se van con un alarido, un leve trueno. Otros siguen adelante, grises como palomas; unos pocos se vuelven de color dorado. Ella lleva sus muertos a cuestas, lleva el dolor de donde viene; los fantasmas rondan, entran, se oye el rumor de lo que roban, de la carne que cortan, llevan hacia afuera a su corazón y se lo comen.

Otra vez saca turnos, paga consultas, se hace estudios. Una semana antes del vuelo, recoge los resultados. *No hay nada, mujer, nada de nada*, dice también ahora el oncólogo. No está convencida, está sorprendida más bien por esta moneda que le han dado, este tesoro. Y así se queda, detenida en su sorpresa, plantada en sus setenta, pensando que, quién sabe, tal vez haya tiempo, un poco más de tiempo todavía.

LA REDENTORISTA

A Liliana Marzano

Si el mar hubiese preguntado a la gente qué quería que fuese, la gente lo habría convertido en lodazal.

ISAK DINESEN, *Peter y Rosa*

*No le contratamos servicio religioso y era creyente, dijo Estela. Alicia y Marta se miraron, miraron a Liliana y Liliana las miró a ellas, después las tres lo miraron a Enrique y Enrique, que parecía que iba a quedarse mudo, dijo *pero, ¿qué te pasa?, ¿dónde vamos a buscar un servicio?**

Pidió que no la enterráramos sin una bendición.

¿Cuándo?

Hace mucho, todavía vivíamos en su casa.

Yo nunca la escuché decir eso.

Nunca escuchás, dijo Estela.

A la memoria de Estela había llegado el pedido lejano de Mimí, le había caído como una piedra y ella había tirado la piedra en medio del velorio para que nadie pudiera hacerse el tonto. Enrique hubiera preferido que no se metiera, bien que lo escuchó, bien que se lo vio en los ojos, al fin y al cabo él es el dueño del asunto, el único hijo vivo de Mimí ahora que ha muerto Ricardo. El único no, porque también está Elsitita, pero Elsitita no cuenta.

A Estela no le importa, ella va a decir lo que piensa aunque a su marido le moleste, y le moleste también a su cuñada. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, no hay quién la saque de ahí, eso es lo que enfurece a Enrique. *No vas a terminar hasta que te salgas con la tuya, ¿no?, ni en el velorio de mi vieja me vas a dejar tranquilo.*

En efecto, Estela no va a aflojar; habla con Alicia, con Marta, con Miguel y con Liliana por si alguno conoce a algún cura que se acerque a cumplirle a la muerta, pero resulta que el cura del barrio no está, ni el de la villa del bajo, ni..., es 4 de enero y los curas están en retiro espiritual o se han tomado vacaciones.

No hay un hombre de fe en cien kilómetros a la redonda, dice Alicia, que para calmar a Estela se ha empeñado en la cuestión, teléfono y guía en mano. Risa de todos con la frase de Alicia, de todos menos de Enrique que en la puerta de la casa de sepelios, ve que por allá viene la tía Chichi.

¿No piensan llamar a un cura para que diga un padrenuestro?, dice la tía, empeñada en quedarse de pie, apoyada en su bastón canadiense, ni un Cristo han puesto, no han sido capaces de...

Es enero, tía, no encontramos a nadie.

¿Ni una monja, ni una laica consagrada, ni una persona rezadora? Lo que pasa es que a ustedes todo les da igual, pero yo te digo una cosa, Enrique, como que soy tu madrina, de aquí no me la mueven a Mimí si no le rezan un responso, ¡irrespetuosos, desagradecidos...!

Habla temblándole la voz, la boca, la mandíbula,

Si viviera tu padre...

Te lo dije, le dice Estela a Enrique.

¡¿Pero de dónde querés que saque un cura?!

Si hubieran ido alguna vez a misa, sabrían dónde encontrarlo, dice la tía que ahora tiene un sofocón, ha de ser un golpe de calor; la asistente corre por agua, le pone un caramelo en la boca,

Tranquilícese Chichi, por el amor de Dios; recuerde lo que dijo el doctor Romano.

Por favor, tía, calmate, no vaya a pasar una desgracia, dice Enrique, y Miguel, que es médico en el Hospital de Urgencias, aprovechando una distracción, le mete en la boca unas gotas de Rivotril.

Todos se han puesto en campaña para encontrar quien diga un responso a Mimí y resulta que una hermana de Alicia que no ha podido arrimarse al velorio, tiene una vecina que tiene una amiga que conoce a una monja redentorista que lleva consuelo a donde haga falta, pero hay que ir a buscarla a Villa Cornú. La monja se llama Noemí, como la muerta, toda una coincidencia. No llega vestida de monja, está calzada con unas sandalias chatas de cuero y vestida con una pollera larga y una camisa blanca, pertenece a una congregación que luchó durante años para quitarse los hábitos. Cuarenta grados marca el termómetro esa siesta de enero, pero nadie saca los ojos de esta mujer que entra a la sala con paso ingrávito, saluda con una inclinación de cabeza y se instala junto a la muerta, antes de buscar unas palabras que conformen a Estela, que calmen a la tía Chichi...

No hay crucifijo detrás del cajón, sólo un paño morado contra la pared y dos focos que dan una luz también morada, de freezer. La redentorista dice que esa tarde *es la*

tarde de Mimí. Deja flotar la frase, la hace chocar con el silencio y tal vez porque el silencio es incómodo, Estela dice Falta Elsita.

¡La cara que ha puesto Enrique!, A Elsita no se la puede mover, vive en esa cama desde que nació, no tiene idea de lo que pasa, ¿quién puede saber si entiende algo?

Con la abuela se entendía, dice la hija de Estela, de Enrique, la nieta de Mimí. La monja insiste, es importante que todos se despidan. Se lo pido por el amor de Dios, dice Enrique, mi hermana está postrada, es muy difícil moverla.

Noemí pregunta a los presentes en qué rincón de cada uno, apenas iluminado, más bien a oscuras, está la verdad, *ese árbol en medio de un pantano*, dice. Estela cree que es por amor a Dios que no insiste con lo de Elsita; todos ven cómo saca de su bolso una imagen de Santa Noemí y la coloca sobre el pecho de la muerta. Antes de abrir el libro de rezos, cuenta que ha misionado muchos años en Guatemala y que los indios guatemaltecos creen que el pasado va adelante y el futuro va detrás, que adelante vemos las espaldas de nuestros mayores, *las espaldas de Mimí, en este caso. Ella nos traza el camino, y como yo no tuve la suerte de conocerla, quisiera pedirles ayuda.*

Así como están las cosas, Enrique no tolera seguir sin fumar, saca un cigarrillo, lo enciende. Tras él enciende uno Alicia y el médico del Hospital de Urgencias; el silencio se interrumpe con raspas de fósforo, con chispas de encendedores. *¿Qué nos dicen las espaldas de Mimí?*, insiste la redentorista y como nadie responde, se explaya sobre la Noemí bíblica, cuyo nombre significa dulzura, *¿era delicada, Mimí?*, pregunta. Todos miran a Enrique..., *hace tiempo que estaba perdida, pero era... sí, antes que llegara Elsita era... nos subía en la falda, nos contaba historias, había tenido una infancia triste, pero contaba todo eso con alegría...* La monja dice que Noemí de Judea dejó libres a sus nueras para que se casaran otra vez, *de modo que aquí tenemos un cierto aspecto que nos lleva a pensar cómo habrá sido Mimí con sus nueras, ¿están aquí las nueras?*

Sí, dijo Estela y después también Liliana dijo sí. Conmigo fue muy buena, dijo Estela, cuando lo detuvieron a Enrique, me acompañó a todas partes, mi suegro nos llevaba en el auto hasta la comisaría pero la que se bajaba conmigo era ella, las dos sin saber una papa de nada...

Pero no quisiste que viviera con nosotros, dice Enrique por lo bajo.

No era por mí, era por los chicos.

No hay luz más poderosa que un recuerdo, en el recuerdo todo resplandece, como la espuma en las olas..., dice la redentorista y dice también que en el presente están el pasado y el futuro, con su imaginación y su memoria y que lo ignoramos todo, que no sabemos de la noche ni del viento, ni de la luna en el agua ni de la muerte... Para desconcierto de Estela, Enrique se ha largado a hablar, empezó contando cómo era su madre, está excitado, habla sobre menudencias domésticas que ella desconocía y después otra vez de aquel asunto del campo, lo que muchas veces le ha contado, pero todo parece distinto ahora, porque de pronto cambia el tono, *Era silenciosa, sumisa no..., silenciosa.*

¡Y muy enamoradiza!, dice la tía Chichi, ¡si me habrá contado sus cosas!, es que nosotras fuimos amigas antes de ser cuñadas, íbamos a una matinée que estaba sobre el Bulevar, una confitería donde se juntaba la farándula, una tarde la vimos a Tita Merello, se encontraba ahí a escondidas con Luis Sandrini... Enrique sonrió, *no sé en qué va a terminar esto*, le dijo a Estela por lo bajo.

La redentorista ha regresado a los indios guatemaltecos y a las espaldas de los mayores, *espaldas con alas*, dice, y hablando de alas, deriva en el cuento de un marido que cierta noche, acariciando la espalda de su mujer, se dio cuenta de que a la altura de la paletilla izquierda, la mujer tenía una costra. Por la mañana descubrió que le había salido otra costra sobre la paletilla derecha, al día siguiente las costras tenían forma de alas y poco más tarde las alas eran como las que llevan los ángeles sobre los hombros. El marido consultó al párroco y el párroco dijo que si eran alas de verdad, alas de Dios, serían capaces de volar... entonces el hombre llevó a su mujer hasta un claro rodeado por árboles altísimos y le pidió que se quitara el abrigo; la mujer se sacó la ropa, quedó nomás con su par de alas, y con pasitos ligeros intentó volar. Se oyó un aleteo en el aire y de pronto estuvo a una altura de varios metros...

Sin que nadie supiera por qué, el amigo de Enrique, el médico del Hospital de Urgencias, contó que de niño lo habían llevado cierta vez al velorio de una mujer joven y hermosa y que él se sintió tan hechizado por ella, que hubiera querido morir...

Tiene el pelo largo esta redentorista, con hebras plateadas, recogido en la nuca. También Mimí usaba rodete, Estela la había conocido cuando estaba en la universidad. Hablar de las madres era el deporte favorito de todas en aquel tiempo, se trataba simplemente de no ser como ellas, de estudiar, conseguir un trabajo... *Tener aspiraciones* era la frase, mínimo una profesión, nada de quedarse tras el marido y los hijos; después los años pasaron y —el cielo es testigo— ella hizo lo que pudo, pero alguna vez había cruzado dedos, tocado madera, esquivado escaleras para no ser como Mimí. *Murió Mimí*, había dicho Estela, *no la vamos a velar, nomás un momento, hasta que pase el servicio para llevarla al crematorio*; pero después las cosas habían sucedido de otro modo, habían creado su propia dinámica.

La redentorista pide que cierren los ojos, que cada uno mire dentro de sí, *¿qué hace que aparezca en el corazón una evidencia que no puede ser torcida por la voluntad?*, pregunta. Hasta esa tarde, a Estela le había parecido que Mimí era nada. Nadie. Un animalito, eso..., había vivido por años en un sopor y antes..., ya todos habían olvidado cómo era ella antes. Ahora —lo veía con claridad— se habían convertido en deudos. *¿Eso era vivir?, ¿endeudarse era vivir?, ¿clavar un ancla en los sueños, en la vida raquítica sin poder saldar las deudas?*

Esta monja les ha pedido que recuerden y entonces Enrique no puede parar; explica que en los años de la plata dulce su padre quiso vender el campo, un campo que había heredado, y que una noche su madre tiró una pila de platos al suelo y gritó que no iban a vender ese campo ni muertos, y el campo no se vendió..., *yo era chico*, dice, *me asusté... porque ella era más bien callada...* Guardar el dinero en el banco, ¡en el banco!, Estela sabe que de todo eso no hubiera quedado nada, no hubieran podido comprar la casa ni poner la farmacia, ni..., *callada, sumisa no, no era sumisa*, repite Enrique. *¿Qué sabemos?*, lanzó la redentorista, *¿nos hemos preguntado alguna vez qué sabemos cuando llega la noche y quedamos solos con nosotros?, y en la mañana, ¿qué sabemos? Por eso la fe es imprescindible. Por eso sin fe no se sobrevive.*

Hablaba con los ojos cerrados la redentorista y lo que decía era un himno y entonces la muerta pasó a ser mucho más que un cuerpo pudriéndose al sol. Se convirtió en un árbol. Un árbol solo en medio de un pantano. Y hubo nubes y hubo haces de luz entre sus ramas... Nadie sabe ya qué responder. *En la memoria, todo*

tiene una segunda oportunidad, debemos luchar contra el olvido, latir en el presente es luchar contra el olvido, dice Noemí. Y entonces el pasado es un animal con la boca abierta y ellos cavan como topos sus cuevas bajo tierra, mientras Mimí se alza por encima de los árboles hacia el cielo, arriba, muy arriba, lejos, con su delicado batir de alas...

EL HIJO

A Leticia Boglio

*La palabra hijo saliendo de sus labios / Colgando en el aire
para que todos la oigan.*

RAYMOND CARVER

1

El auto que va primero es el de tu padre, dijo mi madre señalando con la cuchilla el televisor. Ésa fue la primera vez que supe de él, fue a mitad de los setenta, vivíamos en la casa de mi abuela. No creo que sea muy común que alguien conozca a su padre por televisión, pero así fue. Mi madre y mi abuela cocinaban cuando aparecieron en la pantalla unos autos, y después unos hombres, *es el que bajó del Torino*, dijo, *el que lleva la botella*. No había fotografías de mi padre en la casa y si mi abuela o mi madre lo nombraban, era como si escupieran, *ese cretino, ese miserable que no fue capaz de dejarnos un techo, ni cuando era un pobre diablo, ni después cuando empezó a ganar plata...* Un hueco cavado en el rencor de mi madre y de mi abuela, era mi padre, *ese muerto de hambre que un día empezó a cagar más alto que el culo*.

2

El rumbo de esta historia le pertenece al hijo.

Hasta el día en que lo vio en la televisión, no tenía recuerdos de su padre, porque sus padres dejaron de verse cuando la madre llevaba cinco meses de embarazo, al menos eso ha dicho ella, *me dejó con la panza llena y no le importó*. Un niño sin nacer, un padre que se va antes que en el hijo nazca la memoria. La relación comenzó ahí, una imagen con más negro que blanco, y siguió después con algunos encuentros —uno, dos, tres— y más tarde con algunos desencuentros —uno, dos, tres—, distanciamientos. Si pasados los años alguna vez el hijo pregunta, el padre dice que no sabe por qué las cosas sucedieron de ese modo, no recuerda, ha olvidado todo.

En cambio los hijos no olvidan. Alguna vez el hijo se convertirá en padre, querrá ser piloto de rally, tener una novia con cuerpo de sirena, es algo genético. Cosas que están en el ADN.

3

Un hijo.

Un padre.

Otra vez un hijo.

¿Eran nueve los años? ¿Siete o nueve?

En ese ring estoy yo, dice el padre, se lo dice al hijo mostrándole una foto.

Una escena de amor.

El hijo va por un camino difícil, captar la atención de su padre. Cuando empezó a frecuentarlo, el padre no era otro que un hombre al que admiraba. Herencia. ¿Cómo inventar con eso un vínculo, cómo transformar lo biológico en amor?

Lograrlo sería suficiente y a su juicio, también sería demasiado.

4

El hijo dice que no importa, que nada de lo que pasó importa, que sólo le importa haberse encontrado con él, antes que se fuera para siempre; pero un raspón en la garganta, un apretón en el pecho, hablan de otra cosa.

Hijo es una palabra que no ha sabido pronunciar el padre; él conoce el valor de esa palabra porque la ha escuchado dirigida a otros, incluso a un hermano, hijo de otra mujer, el único que se ha criado con su padre. Cierta vez que el padre enfermó, la madre de ese hermano llamó a la madre de este hijo para avisarle.

Hijo, esa palabra clavada en el aire como una astilla.

5

No sabe si el padre iba detrás de un sueño cuando salió de la miseria donde vivía, para buscarse un mundo de sangre, de golpes en la mandíbula.

No sabe si iba detrás de un sueño o si el sueño iba delante de él y lo arrastraba como un toro arrastra a su criatura. O tal vez el sueño de ese padre se fue construyendo mientras pasaba de una mujer a otra, mujeres todas más grandes que él, capaces de darle cobijo. El hijo cree más bien que el padre trataba de salir del hambre, que sólo buscaba una paga y entonces no le importó subirse a un ring, a una

cama, a un auto..., andar a las trompadas, golpear como loco, coger o correr a ganar o a morir.

Kartings, motos, rally, autos cada vez mejores.

Pero hubieran podido ser caballos, camellos, gallos.

6

Mi madre dice que se pusieron de novios en la vereda de su casa, en las afueras de Ituzaingó, que con mi abuela le dieron de comer, le compraron las primeras zapatillas, le pagaron el gimnasio para que entrenara, pero apenas comenzó a ganar, *se fue olvidando de nosotros, hijo*, y empezó a mudarse de una casa a otra, de una cama a otra.

Yo venía en camino.

Él había tenido otras novias, *siempre tenía a alguna, incluso cuando vivíamos juntos, hasta que un día salió de esta casa vestido como para una fiesta y después supe que se había casado* y entonces mi madre lo buscó por cielo y tierra con una sevillana, *lo dejé como un Cristo, hasta que me lo sacaron. Nunca tuve otro hombre*, dice.

7

A veces un hijo es tan grande que comprende el olvido de un padre, y otras veces es tan pequeño que puede pasarse la vida esperando una palabra, una caricia. Este hijo no es grande ni es pequeño, por eso no sabe qué hacer, persiste en una imagen que vio hace décadas siguiendo el derrotero de un cuchillo.

Evoca esa imagen y si no aparece, la inventa, la necesita. Ilusión de vivir en tercera persona, de ser no quien padece sino quien mira, el director de una película sobre la serie de pequeñas decisiones que se traman para vivir.

Un día comimos un melón en el patio de su casa, recuerda, y el calor de ese patio es una estrella que lo protege, feliz, ciego, porque el pasado estuvo desde siempre entre los dos, fue una cosa del presente. Un acontecimiento del ayer como una foto grabada a fuego: SU PADRE BAJANDO DE UN AUTO en el campo de maniobras de un televisor en blanco y negro.

El padre trata de cambiar ese pasado, de regresar al día en que actuó como un canalla y modificarlo. Conviven unos meses padre e hijo, el hijo le pregunta cosas que sólo el padre conoce, pero lo que intentan salvar ya está perdido y entre los dos consiguen a lo sumo hacer regresar ese pasado para masticarlo juntos. Ir soltándose de a poco del amor, del dolor, del rencor, hasta ese interior del cual se vive. Desandar el camino despacio, para no lastimarse, como quien retrocede por un pasillo oscuro.

Cierto día, cuando el hijo ha crecido, la madre —en un acto de piedad— dice que cada uno hace lo que puede, que a su modo ese hombre lo quiso. El hijo no sabe por qué ella tardó tanto en perdonar, pero lo que escucha se acomoda en su corazón, brilla como un sol.

El recuerdo tiene ahora la forma de una instantánea: el hijo se ve a sí mismo en aquel tiempo, la noche por venir. El padre y su merodeo, la forma que tuvo de aparecer y desaparecer. Lo que le quita el sueño toma la forma de una pregunta, *tal vez su madre estuvo en lo cierto*. Afuera, la noche, de la que poco sabe. El tiempo se come ciertas cosas y levanta otras, pero todas las órdenes llevan el germen de la desobediencia y los padres son siempre más obedientes que las madres. Cuando ellas dicen, *si no le das lo que le corresponde, no quiero que te aparezcas por acá*, ellos aceptan. Nadie sabe si por comodidad, obediencia o desaliento, pero aceptan.

Han pasado muchos años y, sin embargo, la memoria continúa tibia, encendida. Si tuviéramos que preguntarnos qué mantiene hecha brasa la ceniza, diríamos que esa pasión encontró su fuego, no se cerró a experiencia alguna, no se negó ningún combate, porque en la sangre del hijo estaba la lengua de su madre, desde el comienzo la irrupción visceral, no controlada de una mujer.

8

HISTORIA DE MI PADRE

Un afiche de dos metros de alto destaca la pelea de mi padre por la corona de los semipesados. Tenía veinticinco años, un tobillo destrozado, la angustia de salirse de la categoría, siempre al límite. Un reo rindiendo examen, un producto del coraje nacional, y con eso le ganó por abandono a un norteamericano al que había derribado en varios rounds. Esa noche, esa misma noche, mi padre dejó a mi madre, eso fue antes que yo naciera. Fuego y corazón, mi padre, ganchos de corta y media distancia;

un toro que golpea el desprecio recibido de niño. *Se compró un Fiat 600 rojo, le pintó un leopardo en el guardabarros y nos dejó*, dice mi madre. Más tarde retuvo el título en una pelea épica, en algún lugar de África, con el ojo manando sangre, pero yo era muy chico y no recuerdo nada. También sangraba la herida de mi madre. *De aquí me bajan muerto*, dicen que dijo en su rincón, *Si paramos nos quitan la corona*, dijo el mánager, pero yo era un niño y no supe nada. *Nunca volví a ser el mismo después de esa pelea*, dijo el rival de mi padre. *Nada fue lo mismo después de aquella noche*, dijo mi madre. *Una mano que salió de la nada*, dijo el rival. *Un golpe a traición*, dijo mi madre.

Nació en un pueblo de la provincia, no es segura la fecha, porque lo anotaron cuando ya era grande. Nadie sabe quiénes fueron sus maestros, si un viejo que había ganado una medalla olímpica o un boxeador de Morón hecho en la calle, a puro puño. Luego apareció un técnico que había sido técnico de otros grandes.

Empecé de casualidad, me dijo una vez, *porque fui a un festival de boxeo y me pagaron con un sánduche, me fue bien y me entusiasmé. ¿Sabés qué pasa? Yo soñaba con tener guita, mucha guita, porque siempre me gustaron los autos y porque quería comprarle a mi vieja una casa con techos rojos*. Era excéntrico, extravagante. Extraordinario.

Subía al ring con una bata de leopardo. Un periodista dijo *Este boludo se cree que es Gatica*.

No fue Gatica, pero llenó muchos estadios.

Cuando la corona de los medio pesados quedó vacante, el mánager montó la pelea con un norteamericano y mi padre se consagró campeón. No era fanático del gimnasio y dos cosas lo volvían loco: las mujeres y los autos. Nunca lo vi fumar, pero tomaba algunas veces y en casi todos los combates tuvo problemas con el peso, pero cuando estaba en forma podía ser feroz, como en aquella pelea que ganó bañado en sangre después de un cabezazo, la misma noche que mataron a un amigo suyo, ese amigo al que idolatraba.

Era un apasionado de los fierros, y en eso se puso cuando acabó el boxeo. Acompañaba al dueño de una casa de repuestos que había arrancado con un Torino y del Torino pasó al Dodge y del Dodge al Chevrolet. Se entendieron enseguida. Por esa época, mi padre ya había tenido varios autos, porque ganó mucha plata, miles de dólares. Sé todo eso por mi madre, que seguía las notas en las revistas.

Aquel domingo, escuché la sirena por televisión. Me paralizó ese sonido, hasta que

llegaron las primeras informaciones. Fotos apenas antes de morir, tomando mate, vestido con su traje antífama.

Correr es como volar, solía decir mi padre. Él, que había enfrentado el peligro, que había derrochando coraje; él, que había sufrido accidentes por conducir a gran velocidad, que le había regalado una casa a su madre, que había sido hijo más que padre o marido, que vivió siempre al límite, rondando la tragedia, el campeón de corazón gigante, el de la epopeya, el que se largó a pelear por una Coca Cola y cuando subió al ring y se dio cuenta de que podía ganar plata, tener muchos autos y mujeres, olvidó que era padre.

9

Mi madre se enteró de la muerte también por televisión. Él caminaba hacia los boxes y un auto que venía rezagado se lo llevó por delante, nadie se explica cómo pudo suceder. En esa época mi padre tenía novias cada vez más jóvenes, de vez en cuando tomaba un poco y llevaba a esas novias en un Jaguar con tapizado en leopardo. Ya había abandonado la carrera, iba saludando desde el costado del asfalto. Alguien le hizo señas para que se saliera de la pista y de pronto, una mano fantasma salió de la nada y lo embistió.

Lo velaron en el estadio. Yo fui con mi madre.

Por el camino íbamos borrando lo que ella me había dicho tantas veces. Frase por frase lo fuimos borrando, hasta que ya no quedó otra cosa que el amor que le tuvimos. Nos repetimos muchas veces que había sido un buen hombre, que había tenido una vida muy difícil pero que dentro de todo había sido bueno. *Hizo lo que pudo*, dijo mi madre. Y así fuimos diciéndonos el uno al otro lo mucho que lo queríamos, fuimos regalándonos palabras, lustrando esas palabras hasta que nos abrigaron.

Escuché a la gente consolándome, consolándonos, y me alegré de haberlo perdonado, de estar perdonándolo ahí mismo. Pensé que recordaría para siempre cada detalle de ese día, lo que se dijo, lo que hicieron, lo que hice, lo que me hacían, pero me olvidé de todo, o de casi todo. Lo que sí recuerdo es que esa tarde mi nombre se escuchaba mucho, porque yo tengo el nombre de mi padre; su apellido no, pero sí el nombre porque mi madre me lo puso.

Antes que yo naciera, mi padre dejó a mi madre. *Una jornada épica*, dijeron los periódicos, golpe tras golpe, mi padre, con tremendo corte sobre el ojo, la camisa del árbitro para limpiarse, para detener la hemorragia. Esa pelea metió a mi padre en la historia del boxeo. El pantalón ensangrentado que usó hoy es una pieza de museo.

Un símbolo, mi padre.

Fue un tortazo, dijo mi madre, *una trompada en los ojos, para que supiera que yo no era más que un trapo.*

Peleaba con el corazón, dijo la prensa.

No tiene corazón, dijo mi madre.

También yo he tenido problemas con el alcohol, también a mí me gustan los fierros, pero mi madre hizo que no tuviera que dejarme golpear por un plato de comida, mi madre que ha cosido y planchado para otros. De chico, él vivía en un sitio no más grande que una choza, yo he crecido en la casa de mi abuela, con baño, con cocina. En la cocina había un televisor donde lo vi por primera vez. *No sabe cuidar el dinero, la plata le quema. Despilfarra en mujeres, en autos, en fiestas, pero lo que es a vos, hijo, y a mí, nunca nos dio nada.* A veces un padre confunde a un hijo con su madre. Cree que son una misma cosa.

FINAL DE ESCENA

A lo largo de los años, mi padre no ha dejado de venir hacia mí, porque un hijo necesita curarse de ser hijo, para convertirse en padre.

En el impiadoso comienzo de la primavera, el hijo, ya grande, se dice: *Creo que entendí.*

Comprende que nadie regala nada, que todo tiene que hacerse, que un hombre se temple manchando lo que toca...

LA NOCHE INTERMINABLE DE VILLA CRESPO

Para Alberto

*Aún pareció que podríamos abrirnos paso entre el gentío,
que en un momento estaríamos juntos. Tan inevitable,
sin embargo, como que seguiríamos nuestro camino.
Y eso hicimos.*

ALICE MUNRO

UNO

Se habían puesto de novios en los tiempos en que las chicas usaban hots pants y los muchachos pantalones de una tela con pelusa que se llamaba piel de durazno, pantalones con botamanga ancha, tiro bajo y un bolsillito detrás; lo usaban los varones pero eran más bien femeninos, tan apretados que la primera vez que él fue a la casa de Barrio Iponá, donde ella vivía con sus padres, apenas se sentó en el sofá de la sala el pantalón se le abrió de arriba abajo. La madre de la chica le pidió que se lo sacara, que le daba una bata para que se cubriera mientras le cosía lo roto, pero él no quiso, por nada del mundo; muerto de vergüenza pidió hilo y aguja y se encerró en un cuarto a coser.

Eso le gustó a la madre de Ada.

Ada era hija de judíos por ambas partes, y aunque no hablaba mucho de eso, su abuela había muerto en Buchenwald. Él se había criado en el campo, ordeñando vacas y yendo a la escuela a caballo; para hacer el secundario había vivido en una pensión en el pueblo y ahora se costeaba los estudios haciendo de mozo en un restorán.

Ella estudiaba medicina y sus padres, encargados de una panadería, estaban contentos con la relación. No era un gran partido el muchacho, pero quería a la hija, era respetuoso sin aspavientos, un hijo de piemonteses con costumbres parecidas a las de una modesta familia judía, tan parecidas esas costumbres que, como decían con sorna muchos, donde estaban los unos no hacían falta los otros. De jueves a domingos, trabajaba en el restorán, de modo que Ada lo acompañaba, se sentaba con sus libros a un costado del salón y él le servía la cena, lo que ella quisiera, como si se tratara de una clienta. Una chica delgada, de pelo oscuro y la piel blanca, pálida como la manteca, con unos ojos negros, muy vivaces, sentada en un rincón de aquel sitio muy a la moda. Una chica sola, en un restorán al que iban matrimonios de mediana

edad y fanáticos del automovilismo.

El muchacho vivía con otros cinco en una casa, cerca de la universidad y —eso no le había dicho a Ada—, imprimía panfletos para la organización en la que militaba. Casi no tenía secretos de otro orden para con ella, pero sobre este punto no le había dicho una palabra porque a ella no le interesaba la política y era probable que a los padres de ella tampoco les gustara, no les gustara ni un poquito, porque cargaban todavía con el peso de haber tomado partido dos generaciones atrás, cuando la abuela de Ada trabajaba en una fábrica, delegada y judía, en Núremberg, qué ocurrencia. En fin, que había tomado partido y así lo habían pagado.

El noviazgo siguió como tenía que ser y, antes de los veintitrés, los dos estaban pensando en casarse, porque él ya había terminado de cursar, era ayudante rentado en una cátedra y en el restorán ganaba bastante bien, incluso para pagar un alquiler. A ella le faltaba un poco más para terminar medicina, pero podía hacer unos pesos poniendo inyecciones en el barrio donde vivieran; habían visto una casita en el mismo barrio de los padres de ella, una casita con living, jardín y todo.

Él no era de esos chicos que regalan flores o abren la puerta del auto de los padres de ella, el auto que algunas veces le prestaban. Tampoco era de decir que ella estaba bien arreglada, que un vestido le quedaba lindo o que le sentaba ese corte de pelo, de hecho pocas veces podía recordar lo que llevaba puesto. *Para los hombres hay cuatro colores básicos*, le diría su hija muchos años más tarde, *no distinguen un calipso de un esmeralda, ni un salmón de un naranja*. Lo cierto es que a él le gustaba que su novia fuera independiente, tal vez porque su madre decidía en la economía de la casa y trabajaba como su padre, más que su padre, para llevar todo adelante.

La noche del día en que vieron aquel chalecito para alquilar, fue la noche que llegaron a la casa donde él vivía, diez o doce tipos de civil con armas de guerra gritando su nombre por encima de los techos; el barrio en plena oscuridad porque habían cortado la luz, las ventanas de todos cerradas, los vecinos mudos, seguramente mirando tras las cortinas. Estaban los cinco en la casa, habían jugado al póquer hasta hacía un momento y pasada la medianoche del último lunes de aquel mes de marzo, se estaban yendo a la cama. Los llevaron a las patadas, con los ojos vendados y las manos a la espalda; a los otros cuatro (lo supo varios años más tarde en un barcito de

París, sobre la calle Saint Michel, cuando uno de ellos viajó a un congreso de pediatría) los metieron en un auto, los trasladaron hasta el día de hoy no saben dónde, los interrogaron y los liberaron al día siguiente. A él lo llevaron, atado y vendado, en el baúl de otro auto, de modo que a la cuarta o quinta vuelta perdió conciencia del lugar por donde andaban. Despertó con el cuerpo contra una pared húmeda, escuchando quejidos y gritos. Alguien le dijo que estaban en la D2, que ahí los concentraban a todos, seguro lo trasladarían. Lo trasladaron, al parecer a Campo de la Ribera, y después a otro sitio que nunca pudo precisar, y más tarde a otro que también desconoce, y finalmente a la Penitenciaría. Y en la Penitenciaría pasó un año sin que nadie de los suyos supiera dónde estaba, hasta que lo blanquearon y quedó, como se decía entonces, a disposición del Poder Ejecutivo, acusado del asalto a una fábrica que no conocía en una provincia a la que no había ido nunca.

Eran quince en aquella celda, parados o en cuclillas, pegados los cuerpos de unos contra otros. No tenían visitas ni recreos, comían una sopa que no se despegaba del plato, les hacían submarinos y descarga de voltios sobre la parrilla, pero ahí aprendió lo que era la vida, la cárcel como escuela, aunque no pudo aprender a no pensar en ella. Cuando lo trasladaron ya no era más un muchacho, era para siempre un hombre, como le ha contado mucho después a ella; un hombre aferrado a la histórica desconfianza piamontesa que hasta entonces no se había activado. Dos años estuvo en Sierra Chica y otro tanto en el penal de La Plata y en la Policía Federal, antes de subir esposado, flaco como un perro flaco, a un avión de bandera alemana, rumbo al exilio. Como un perro, pero de traje, porque su madre le compró en la mejor tienda de la ciudad un terno verde oscuro, para que no viajara como un desarrapado sino como un señor. Después de engordar unos quilos, quitarse los piojos, comprar algo de ropa, cortarse el pelo y acomodar un poco el alma, a un exiliado en Europa, a un militante de la juventud guevarista, un recién salido de la cárcel, no le habrá costado enredarse con chicas en la ciudad estudiantil a la que lo derivaron. Hubo encuentros fugaces y algunos más perdurables, aunque no demasiado porque él la esperaba a ella que se resistió a verlo salir del país con las manos atadas, se negó a saludarlo a la distancia, pañuelo o mano en alto, mientras dos tipos lo apuntaban. *Demasiado*, según le dijo en una carta que recibió a poco de llegar, una carta en la que le confesaba que había conseguido un puesto como médica en el Hospital Ferroviario, que mal que bien

había estado tratando de organizar su vida y que, después de tantos años sin verse, siendo los dos tan otros de aquellos que habían sido, no sabía si dejarlo todo y largarse a sus brazos o aferrarse a lo que tenía. Le pedía que le asegurara que todo iba a ir bien, que si le proponía que renunciara al trabajo, se alejara de sus padres, cambiara de país y de lengua, por lo menos le asegurara que funcionaría. Él no supo o no pudo asegurarle nada, no era (y ella lo sabía) un hombre de irse en promesas, en eso por lo visto no había cambiado. Le dijo, sí, que en la cárcel había pensado en ella todo el tiempo, cada hora de cada día había pensado en ella, y que eso lo había mantenido entero, pero que no podía ofrecerle una palabra definitiva, por nada del mundo quería hacerle daño. Lo mejor era que fuera a visitarlo, que viera por sus ojos si estaba dispuesta a vivir en otro país, no sabía él hasta cuándo, hasta que la dictadura terminara, ya que él no podía vivir en el suyo. Los reclamos, las llamadas por teléfono y las cartas fueron y vinieron durante meses, en los que él no quiso afirmarse en ninguna relación porque estaba pendiente de su llegada. Los padres de él estaban juntando dinero para ir a verlo, les pidió que sacaran un crédito, que costearan los pasajes de Ada. Aun así, Ada no se animó a viajar y los padres fueron solos a ver al hijo, por primera vez en avión, un viaje a Europa, el viaje de sus vidas; al final de sus días hablaban todavía de aquella vez, de aquella única vez, de esa ciudad medieval, tan limpia, de ese mundo de amigos de todos los países de América, de esos exiliados como el hijo.

Cuando fue un hecho que Ada no tomaría un avión para probar nada, él comenzó a enamorarse, primero de una chilena, después de una profesora alemana unos cuántos años mayor, y enseguida de una enfermera con la que viviría mucho tiempo. Con ella (la chica se llamaba Lynn), regresó por primera vez a Argentina, cuando la dictadura terminó, su primera visita para ver a padres, hermanos, sobrinos, primos y amigos. Entraron por Bolivia, porque él no tenía documentos, un vuelo desde Frankfurt a Madrid, de Madrid hasta San Pablo, de San Pablo hasta La Paz y después por tierra el también largo viaje hasta su pueblo. Los días en el pueblo, tan otro del muchacho que se había ido hacía tanto a estudiar a la ciudad..., visitaron campos de la zona para que Lynn viera carneadas, yerras y festivales de malambo y en todos esos encuentros los padres de él pudieron sentir orgullo del hijo que regresaba de Europa como antes habían sentido vergüenza de que estuviera en la cárcel. Él sacó su documento y en la

ciudad sacó su pasaporte, de modo que podía regresar a Europa desde Ezeiza. Los últimos dos días se instalaron en Buenos Aires, en un hotelito de la Avenida de Mayo; mejor dicho, él instaló a Lynn en el hotel y, tal como se lo había adelantado, fue a encontrarse con Ada.

Hacía dos meses que Ada había conseguido un traslado al Hospital de Agudos y vivía en un monoambiente, al fondo de una casa, en Villa Crespo; estaba sola después de un par de años de vivir en pareja. Él no sabe todavía ahora decir qué sintió al verla ni cómo estaba ella, ni cómo la vio, ni qué tenía puesto; no es como dice su hija porque no sabe distinguir un calipso de un esmeralda, sino porque algo se nubló en su cabeza, el entendimiento, y sencillamente no recuerda. No recuerda cómo salió del hotel, ni si tomó un ómnibus o el subte o un taxi. No recuerda cómo hizo para llegar a Villa Crespo, ni tampoco si hablaron antes por teléfono, cómo fue que arreglaron el encuentro, ni dónde estaba la casa, en qué calle. Tampoco recuerda el empedrado, ni el pasillo largo que llevaba hasta el fondo..., si ahora sabe estas cosas es porque varios años más tarde Ada se lo dijo, lo repasaron en aquel encuentro definitivo. Sin embargo sabe, eso sí, que estuvo sentado durante horas con las manos de ella en sus manos y las manos de los dos en la falda de ella, mientras le contaba lo que había pasado, el viaje, la llegada a Alemania, pero sobre todo la cárcel, la cárcel..., le reprochaba que ella no hubiera ido tras él y ella le reprochaba que él no le hubiera asegurado que la querría siempre, pero sobre todo, en aquella larga noche, él le contó a ella cada cosa, cada día de horror que había pasado y cómo había sido ella quien, sin saberlo, lo había salvado, cómo él había sentido que ella lo cuidaba en su memoria, esperando verla, amor que lo mantenía en pie, con vida...

Aunque después, muchos años después, a los dos les haya parecido increíble, lo cierto es que a todo lo largo de aquella noche no se tocaron, nada que fuera más allá de las manos de ella en sus manos y las manos de los dos en la falda, nada más que secarse el uno al otro, cada tanto, las lágrimas. Él le dijo años más tarde, en aquel otro encuentro que la vida iba a darles, que aquella vez hubiera deseado hacerle el amor, que cómo lo hubiera deseado, pero tuvo miedo de herirla, de dañarla una vez más, porque otra mujer lo esperaba en aquel hotelito de Avenida de Mayo y porque viajaba a Núremberg al día siguiente.

Así fue como por mucho tiempo, él creyó que aquella vez los dos se habían dicho todo lo que necesitaban decirse, rencor, dolor, lo que habían guardado durante años..., que estaban cerrando para siempre la historia, esa herida. Eso pensó que se

estaban diciendo de mil maneras a lo largo de las horas, las manos en las manos, interrumpiendo apenas para un café, otro café, un cigarrillo, miles de cigarrillos, varios jarros de café, mientras se contaban lo que les había pasado, lo que les habían hecho, lo que se habían hecho el uno al otro; tramos de vida que no habían podido compartir para que ahora, en la noche interminable de Villa Crespo, se hicieran reproches, se agarraran la cabeza, se tomaran las manos en las manos, se consolaran de todo aquello que les habían quitado.

DOS

Lo llamaban la vida, así con esa verdad general, abstracta, con la que la gente se refiere al pasado, al futuro, al azar, pero no era exactamente la vida, los dos lo sabían, eran más bien autos sin patente llevando a muchachos y a chicas, hombres con armas de grueso calibre entrando por los techos de las casas, la maldad, la violencia, la destrucción de los pueblos..., no ahondaron en esos detalles, porque a esa altura él no sabía ya cómo pensaba ella, lo sabía menos que nunca; ella que entre otros reproches le había reclamado que no le hubiera dicho nada de su militancia..., *me trataste como a una tonta*, le dijo. En algún momento a él le pareció que era posible todavía abrir algún sendero en las marañas del pasado, suspender el viaje, decirle a Lynn que regresara sola, porque al fin y al cabo la dictadura había terminado y aquel país no era su país, porque en su país estaba comenzando la primavera, aquella recuperación democrática, el optimismo de esos primeros años. Por un momento le pareció (tal vez también a ella le pareció) que podían recoger los hilos perdidos de ese pasado, los que habían quedado sueltos, como si todo lo que vino después no hubiera existido, o no hubiera sido más que un modo de regresar a lo que habían dejado atrás. Fue casi amaneciendo, cuando ella se levantó para preparar el último jarro de café y él la vio de pie, de espaldas, el pelo sobre los hombros, el cuerpo diminuto como siempre, frágil, y entonces se levantó y fue hasta ella. Tuvo el impulso de tomarla por la espalda, de romper los tickets de vuelo, de abandonar a Lynn en ese hotelito o donde fuera y dar un giro completo a la vida..., tan inevitable, sin embargo, como que seguirían cada uno su camino, con su vida cada uno. Y eso hicieron; no hubo mano sobre la espalda de ella, mano bajando desde los hombros, ni ella girando hacia él y levantando la mano hacia su boca, ni hubo quejidos entrecortados, sólo suspiros de agotamiento, de dolor. Eso y algo que permaneció toda la noche en la mirada de ella,

en sus ojos oscuros, algo que él no supo reconocer como un sí, algo que no pudo, como diría tantos años más tarde su hija, distinguir si era calipso o esmeralda, y en ese no saber, en ese no poder, los encontró la luz filtrándose por la ventana de aquella habitación de Villa Crespo. La verdad cruda del día diciendo que estaban ya en la cuenta de regreso, que seguiría cada uno por su lado, al Hospital ella, él a buscar a Lynn y luego a Ezeiza.

Después de aquella vez no hubo cartas, ni postales de fin de año, ni llamadas por teléfono, pero supo algo de ella, no precisamente lo que hubiera querido. Su madre le contó que se había casado, había pasado con el marido a verlos, al menos así había presentado al hombre bastante mayor que ella, que la acompañaba. Mientras, él fue dejando que la vida lo llevara, en la inercia de quedarse con Lynn, con el trabajo en el instituto de producción orgánica, con los amigos y la rutina organizada allá, y efectivamente la vida lo llevó, lo fue llevando todavía unos años, en aquel trabajo, en aquella ciudad, junto a aquella mujer, hasta que se separaron. Entonces se inscribió en un plan de repatriación, desarmó su casa alemana, llenó un contenedor con sus cosas y emprendió el regreso. Cuando tuvo los billetes, llamó a una amiga en común, con la esperanza de que se lo contara a ella; la llamó para decirle que regresaba, que se había separado y regresaba del todo, absolutamente. Dos meses antes del vuelo, le puso a Ada unas líneas, una botella al mar, como un sobreviviente en una pequeña barca. Un par de líneas, como un telegrama, al dorso de una tarjeta postal. *Llego 3 de octubre, 10:30, en vuelo de Lufthansa. Ya lo ves. Empezar de nuevo. Un beso.* Una tarjeta postal con puentecito de Núremberg a la dirección del hospital donde ella trabajaba, para no perturbar, por si fuera cierto lo del marido. Más tarde pensó que el suyo había sido un mensaje ambiguo, no le había dicho que podían empezar de nuevo ni mucho menos que quería empezar otra vez una vida con ella, menos aún le había dicho que la extrañaba, que rebrotaba en sus recuerdos entre una y otra mujer que había tenido, que nunca había logrado que se fuera del todo. Nada de eso; no le había hecho ninguna confesión, sólo esas palabras como un mensaje cifrado o una ficha de vuelo.

Ella no respondió, él esperó un mes. ¿Qué se pensaba, que sería sencillo? Soportó cada día de un nuevo mes. Ella tampoco respondió. Aunque los últimos días fueron un poco vertiginosos, hasta el momento de subir al avión nada pudo quitarle esa

sensación de vacío en el estómago, esa incertidumbre. Alguna vez, en todo ese tiempo, pensó si ella habría recibido la postal, tal vez se había perdido en los laberintos del Hospital de Agudos, tal vez no trabajaba más ahí o había cambiado de piso, de pabellón, de especialidad. Lo pensó, pero ni aun así se animó a rastrear el teléfono, a llamarla; miedo tal vez de dar con el marido, miedo de que tuviera un hijo. Sin embargo, cuando subió al avión entró a otro mundo, viajó tranquilo, entregado a lo que había, consciente de lo que significaba el silencio de Ada, dispuesto entonces por primera vez a empezar de nuevo también en eso, porque eso era realmente empezar de nuevo, buscar trabajo, recuperar amigos, encontrar una compañera.

TRES

El avión llegó sin demora, aterrizó en Ezeiza ese día de octubre bajo el cielo completamente azul, la primavera ya en su sitio. Algo de agobio, el aturdimiento de tantas horas, el camino por la manga, la salida hacia la zona de equipajes, migraciones, aduana. Se abrió paso entre los carteles con nombres, los empleados de hoteles y de agencias de viaje buscando turistas, familias completas esperando a alguno de los suyos. Mientras salía en busca de un ómnibus que lo trasladara a Retiro, tuvo tiempo de arrepentirse de no haber combinado desde ya un vuelo a Córdoba, en la idea tonta de que ella podía, pese al silencio, estar esperándolo.

Llevaba puesto pantalón y camisa de jean y se había dejado la barba, una barba más oscura que el pelo con algunas canas, con algunas entradas. Caminó con el bolso de mano anudado sobre la valija, hasta el final de la sala y después por la galería hacia el fondo, hasta la zona de los buses; dudaba de si tomar lo primero que encontrara, viajar durante el día, o hacer tiempo hasta la noche para subirse a un coche cama y desplomarse en el asiento. Le pareció mejor viajar de noche, entonces tendría que comprar los diarios y sentarse en un bar a esperar que las horas pasaran. En eso escuchó que ella lo llamaba, iba hacia él corriendo, un poco agitada, *No encontraba estacionamiento*, dijo y lo abrazó. Él se turbó un poco, pero ella se veía confiada, decidida; fueron hasta el auto hablando del viaje, un poco largo porque había hecho dos escalas, un poco incómodo también, *es que cada vez ponen más butacas*. Camino al estacionamiento, la conversación entre los dos, algo insustancial, se apagaba. Una vez en el auto, ya arriba, sobre la autopista, él se animó a preguntar a dónde iban, *Reservé un apart*, dijo ella, *cerca de Plaza Dorrego, reservé por el fin de*

semana, ¿está bien?

Él sintió, tras el impacto, alivio, una alegría, y se animó a rozar su mano con la de ella, que había bajado hasta el cambio de marchas. Ella respondió, quizá no estaba ya con el marido, tal vez aquel que había pasado con ella por la casa de su madre nunca había sido un marido, o el marido estaba pero no tenía importancia. Empezar de nuevo; parecía generosa la vida en octubre. Seguramente también eso le parecía a ella, que había puesto música y cada tanto entraba en ritmo, tarareaba entre dientes, le pareció que el que sonaba era Georges Zamphir con su zampona; era nomás él, según le dijo.

El apart tenía ladrillos a la vista y baldosones en el piso, sillones de madera con almohadones de loneta, cuencos de cerámica en lugar de tazas..., él dejó las cosas, ella dijo que bajaba a comprar algo, provisiones para un par de días, como para no tener que salir a la calle.

Con el agua jabonosa chorreando desde la cabeza, sobre el cuerpo, sobre la barba, escuchó la llave en la puerta. Comprobó enseguida que ella ya no era la novia menuda de Barrio Iponá, lo sorprendió con creces, no supo siquiera cómo decírselo pero sabe que de algún modo se lo dijo, *vos también*, dijo ella. Pasaron en ese cuarto el día entero y al siguiente, el mediodía casi, con el sol a pleno en la ventana, hicieron el amor una vez más, antes de desayunar y salir a caminar por San Telmo. Se metieron en un café que se llamaba Las Piedras y se sentaron en unas banquetas, en la barra. Tenían todavía unas horas para desocupar el apart, entonces ella le preguntó qué iba a hacer. Y él preguntó también, *¿qué vas a hacer?*, o quizás algo parecido, algo como *¿qué vamos a hacer?* Seguramente fue eso, porque ella dijo, ya resuelta, ya definitivamente otra, ya lejos de aquella a la que él le había hecho el amor, *no sé vos, yo tengo que volver a casa, le pedí a Roberto que se quedara con la nena, necesitaba cerrar esto.*

Él preguntó *¿sabe que estás acá conmigo?*

Que estoy acá, no, tonto, pero sabe que volviste.

Quedaron en que cada uno se retiraba por su cuenta, él se demoraría un rato en el bar, empacaría más tarde sus cosas.

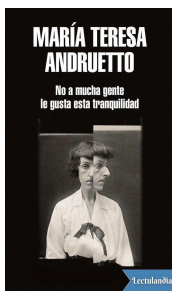
Como quieras, dijo ella.

A él le pareció, algo en los ojos, en la mirada, que ella dudaba.

¿Estás segura?

Sí, dijo ella, *estoy segura.*

Empezar de nuevo, pensó él justo cuando ella dijo que ahora sí, finalmente todo había terminado. Después ella se fue. Él la siguió desde la única ventana del bar. Ella pasó sin volver la cabeza, sin mirarlo. Él la vio desde su banqueta, sentado ahí como se sentaba ella en el restorán donde él trabajaba, hacía ya tantos años. La vio cruzar la calle. Le pareció que, mientras avanzaba, su paso se hacía más ágil, como si corriera casi, quién sabe hacia dónde.



Una mujer carcomida por el vino, pero con sed infinita. Un recuerdo que se acuesta donde quiere, «como un perro». Un gesto levemente ominoso entre hermanos. El atroz miedo a la enfermedad. La certeza, tan lógica y desgarradora, de que no se puede volver a comenzar. Cuentos que impactan por su destreza coloquial («ese cretino», «ese miserable»); por su modo de interrogar de manera elíptica, como quien no quiere la cosa; de invitar al lector a habitar los espacios que van generando.

En *No a mucha gente le gusta esta tranquilidad*, María Teresa Andruetto se adentra con sigilo, pero con extraordinaria precisión, en esos bordes perturbadoramente quietos en los que pareciera que nunca pasara nada.

MARÍA TERESA ANDRUETTO

Nació en Arroyo Cabral, provincia de Córdoba. La construcción de la identidad individual y social, las secuelas de la dictadura y el universo femenino son algunos de los ejes de su obra. Ha publicado *Pavese/Kodak*, *Beatriz*, *Sueño americano* y *Cleofé* (poesía); *Hacia una literatura sin adjetivos* y *La lectura, otra revolución* (ensayo); *Tama*, *La mujer en cuestión*, *Lengua madre* y *Los manchados* (novela); *Cacería* (cuentos); y numerosos libros para jóvenes lectores, como *Stefano*, *La niña, el corazón y la casa* y *El país de Juan*. Atenta a la escritura de otras mujeres, codirige una colección de rescate de narradoras argentinas olvidadas.

Finalista del Premio Rómulo Gallegos, obtuvo, entre otros, el Premio Novela del Fondo Nacional de las Artes, el Premio Iberoamericano a la Trayectoria en Literatura Infantil SM, el Premio Hans Christian Andersen y el Konex de Platino.

Índice

No a mucha gente le gusta esta tranquilidad

Epígrafe

Gina

Dedicatoria

Epígrafe

Lección de piano

Dedicatoria

Epígrafe

No a mucha gente le gusta esta tranquilidad

Dedicatoria

Epígrafe

La parisina

Dedicatoria

Epígrafe

Un águila sobre el nopal

Dedicatoria

Epígrafe

La redentorista

Dedicatoria

Epígrafe

El hijo

Dedicatoria

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

8 Historia de mi padre

9

10

Final de escena
La noche interminable de Villa Crespo
Dedicatoria
Epígrafe
Uno
Dos
Tres
Sobre este libro
Sobre la autora